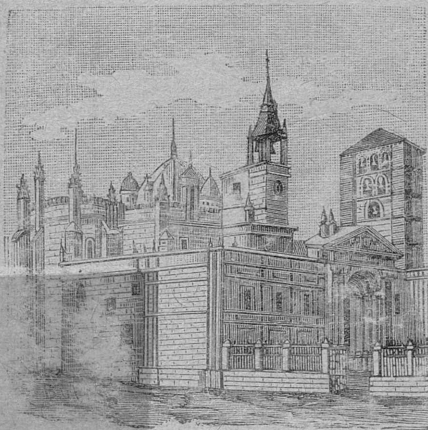


VALENTÍN PICATOSTE

DESCRIPCIÓN É HISTORIA  
POLÍTICA, ECLESIAÍSTICA Y MONUMENTAL  
DE ESPAÑA

PARA USO DE LA JUVENTUD

PROVINCIA DE ZAMORA



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>a</sup>

calle del Arenal, num. 11

1892

BIBLIOTECA POPULAR

Estante.....

3

Tabla.....

1

Número.....

1464



SL 99

1797



10000038965



VALENTÍN PICATOSTE

---

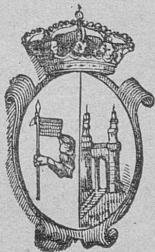
DESCRIPCIÓN É HISTORIA *R. 1797*

POLÍTICA, ECLESIAÍSTICA Y MONUMENTAL  
DE ESPAÑA

PARA USO DE LA JUVENTUD



PROVINCIA DE ZAMORA



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>a</sup>

calle del Arenal, núm. 11

1892

—  
**ES PROPIEDAD.**  
—

BIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO  
VALLADOLID

# DESCRIPCIÓN GENERAL

DE LA

# PROVINCIA DE ZAMORA.

## I.

### LA PROVINCIA.

Límites.—Extensión.—Población.—Montes.—Minas y aguas minerales.—Ríos.—Producciones.—Industria.—Vías de comunicación.—Beneficencia.—Instrucción pública.

La provincia de Zamora limita al Norte con la de León; al Este con la de Valladolid; al Sur con la de Salamanca y al Oeste con el reino de Portugal y la provincia de Orense.

Está comprendida entre los 41 grados 7 minutos y los 42 grados 20 minutos de latitud Norte, y 1 grado 31 minutos y 3 grados 20 minutos de longitud occidental del Meridiano de Madrid.

Hasta época reciente el territorio zamorano comprendía las provincias de Toro y Zamora, pero los distritos de Puebla y Benavente pertenecían á Valladolid.

Actualmente la provincia ocupa una extensión de 10.710 kilómetros cuadrados: corresponde á la capitanía general de Castilla la Vieja, depende en lo judicial de la Audiencia territorial de Valladolid, y tiene dos Audiencias de lo criminal: Zamora, con los partidos de Bermillo de Sayago, Fuentesauco, Toro y Zamora; y Benavente, con los partidos de Alcañices, Benavente, Puebla de Sanabria y Villalpando.

La población suma un total de 269.621 habitantes, distribuidos de la siguiente manera:

PARTIDOS JUDICIALES.	Número de Ayuntamientos de cada partido.	NÚMERO DE HABITANTES.	
		De hecho.	De derecho
Alcañices.....	43	33.203	33.525
Benavente.....	58	40.745	40.949
Bermillo de Sayago..	44	33.732	33.769
Fuentesauco.....	23	24.020	24.192
Puebla de Sanabria..	37	30.126	32.846
Toro.....	26	31.308	31.511
Villalpando.....	29	27.497	27.593
Zamora.....	43	48.990	48.294
<b>TOTAL.....</b>	<b>300</b>	<b>269.621</b>	<b>272.681</b>

La provincia de Zamora, bajo el punto de vista orográfico, ó sea de las montañas, se divi-

de en dos partes separadas por el río Esla, una llana que se extiende á la izquierda de este río, y otra montañosa, que se dilata por la derecha.

La sierra principal de la provincia es la *Segundera*, unida á la *Gamoneda* por el puerto de *Padornelo*; en ella se levantan los picos de *Monte Muga*, *Peña Bubela*, *Peña Fincada*, la *Cueva*, *Moncalvo*, con 2.047 metros de altura, y *Peña Trevinca*, en la divisoria de las provincias de León, Orense y Zamora.

De Peña Trevinca parte la *Sierra Cabrera*, que se subdivide en las siguientes sierras: de *Corzos*, *Barcenilla*, *A Ciudad*, *Cabrera* y *Peña Negra*, con los ramales de *San Ciprián*, *Escudero*, *Carpurias* y *Peña Hermosa*, y con los puertos de las *Muelas* y *Castrocontrigo*.

De la sierra Gamoneda arrancan, en el alto de las Casas de la Parada, á 1.233 metros de elevación, la sierra de la *Culebra*, que toma el nombre de *Atalaya*, continúa por la *Peña de la Folguera*, la *Centinela*, la *Apretadura*, *Peñas del Sor-do*, *Peña Mira* y sierras de las *Cavernas*, con varios puertos y otras ramificaciones de menos importancia.

En la parte llana de la provincia, los desniveles más notables son: el alto de *Chafandín*, el de *Fuertin* ó *Castillejo*, y el *Teso de la Calderona*, con algunas pequeñas estribaciones, y por últi-

mo, el *Teso de San Vicente*, que separa las cuencas del Valderaduey y del Esla.

En las montañas abundan las minas de estaño y plata casi abandonadas, y brotan infinidad de fuentes minerales, entre las cuales merecen citarse las de Rivadelago, Cabreros, Calabor, Almeida de Sayago, Abelón, Grimela y algunas otras.

Los ríos son muchos; sin embargo, sus ventajas para la agricultura son bien escasas, por la resistencia inexplicable que los naturales tienen al empleo del riego en los cultivos.

El río más importante es el *Duero*, cuyas excelencias celebra el adagio vulgar, que dice: *agua del Duero, caldo de pollo*; penetra en la provincia por el partido de Toro, pasa por Zamora, y en el término de Castroladrones comienza á señalar la frontera portuguesa, hasta dejar la provincia en término de Fermoselle.

Recoge por la derecha el *Bajoz*, que viene de Valladolid; el *Valderaduey*, que entra en el territorio zamorano por término de Castroverde de Campos, recibe en Molacillos el río *Salado*, y desemboca á las mismas puertas de Zamora; el *Esla*, que llega á la provincia enriquecido por varias corrientes del territorio leonés; cerca de Castrogonzalo se le junta el *Cea*, poco más abajo el *Órbigo*, en Breto el *Tera*; sigue au-



mentando su caudal con varios riachuelos del partido de Alcañices, y después de recibir en San Pedro de la Nave el río *Aliste*, sin duda el más importante del distrito, desemboca en el Duero, cerca de Abelón.

El Tera nace en las faldas de Peña Trevinca, llega á la laguna de Lacillo, y se despeña en sorprendente cascada sobre la profunda y pintoresca hoya llamada la Cueva; continúa por hondo cauce hasta Rivadelago, entra en el lago de Sanabria, baña los muros de esta población, donde recibe el *Castro* ó *Requejo*, recoge el *Rionegro* en el pueblo de este nombre, y sigue fertilizando la vega del Tera, hasta desaguar en el Esla, en término de Milles de la Polvorosa.

El Duero recibe por la izquierda primeramente el *Guareña*, que nace en la provincia de Salamanca, recoge infinidad de riachuelos en el partido de Fuentesauco y desemboca cerca de Toro; los arroyos *Talanda* y *Aribayos*, el río *Amor*, que nace en término de Peñausende, y finalmente, el *Tormes*, que entra en la provincia por Carbellino, y engrosado con los arroyos de *Las Estacas* y *Ribera de la Hojita*, empieza á marcar el límite de Zamora y Salamanca, y desemboca en el Duero por término de Ferroselle.

Las producciones en la provincia de Zamora son muchas y variadas; en el partido de Sana-bria, donde el terreno es montañoso y por extremo agreste, abundan el arbolado y excelentes pastos; al abrigo del cierzo, crece el olivo y sazonan exquisitas frutas, y en los valles abundan los cereales, buen vino y ricas legumbres, entre las cuales han adquirido fama los garbanzos de Fuentesauco.

La industria no corresponde á la riqueza de las primeras materias; hay fábricas de lienzo, de mantas, estameñas, bayetas, paños y telas de hilo, si bien no están montadas con arreglo á los últimos adelantos. La caza mayor y menor, que es muy abundante en la parte montañosa, y la pesca de lampreas, barbos y truchas, que puede hacerse en casi todos sus ríos y lagunas, son más bien objeto de recreo que motivos de verdadera explotación.

Ha influido sin duda en el poco desarrollo del comercio zamorano la escasez de vías de comunicación; pero es de esperar que terminado el ferrocarril de Salamanca á Benavente, que atraviesa la provincia de Norte á Sur, adquiera incremento y sea esta comarca uno de los grandes centros de producción en España.

El estado de las carreteras puede verse en el siguiente cuadro:

BANCOS  
 DE  
 CREDITO

## CARRETERAS.

CLASES.	Número de kilómetros.
De primer orden.....	234'773
De segundo orden....	240'744
De tercer orden.....	447'406
Carreteras provinciales .....	49'000
<b>TOTAL.....</b>	<b>974'590</b>

La beneficencia, sin alcanzar ni con mucho el desarrollo que tuvo en los pasados tiempos, sostiene hoy veintiún hospitales, una casa de Maternidad, dos de huérfanos y otros establecimientos de fundación particular, que con los oficiales atienden con esmero á las miserias humanas, y revelan la nobleza y caridad del pueblo zamorano.

Para la instrucción pública cuenta la provincia con el Instituto de segunda enseñanza, algunos colegios á él incorporados, las Escuelas Normales de maestros y maestras, las cátedras del Círculo Mercantil é Industrial, la Escuela de Artes y Oficios, el Laboratorio químico, el Seminario, el Colegio de los Escolapios en Toro, el de la Virgen del Canto en Benavente, 608 escuelas públicas, 73 privadas y algunas

otras á cargo de Comunidades religiosas, que suman un total de 700 establecimientos destinados á la enseñanza.

## II.

### LA LLANURA.

Partidos de Toro, Villalpando, Zamora, Fuentesaúco y Bermillo de Sayago.—Poblaciones importantes y recuerdos históricos y artísticos de esta región.

El interés histórico y la riqueza monumental hállanse casi exclusivamente en la llanura.

Apenas se penetra en la provincia por el ferrocarril, se deja á la derecha á Morales de Toro, cuna de infantes, campamento de D. Pedro I contra Toro en 1355, y villa populosa; á una legua poco más del límite provincial se halla sobre la margen derecha del Duero la ciudad de Toro, antigua capital de la provincia de su nombre, destacando las cúpulas de sus viejos templos sobre el verde oscuro de las huertas de sus pintorescos alrededores.

Su origen es desconocido; tal vez remonte su existencia á la época romana; tal vez se descubriese allí el enorme toro de piedra que aún se ve á un lado de la colegiata, cuando Alfonso III el Grande encomendó la puebla á su hijo D. García, y es probable que la ciudad recibie-

se el nombre de aquel informe cuadrúpedo tan toscamente labrado.

En el partido de Toro se asientan Venialbo, Sanzoles, Pinilla, Pozoantiguo, Tagarabuena y otras villas, sin recuerdos apenas de la antigüedad, pero enriquecidas por la feracidad de su suelo y numerosa población, que gozan delicioso clima y la hermosa perspectiva de grandes arboledas y anchas zonas de frutales.

Casi en los límites del partido de Villalpando y sobre el río Sequillo se alza Belver de los Montes, que tuvo en el siglo XIV formidable castillo desde el cual señoreaba el territorio circunvecino Alvar Núñez Osorio, privado de Alfonso XI; cerca de la villa floreció el célebre monasterio de San Salvador, que tan porfiadas contiendas sostuvo con el prelado de Zamora, hasta que fué incorporado al monasterio de Sahagún.

Un paso más al Norte pisamos ya el territorio de Villalpando, villa poblada por Fernando II, allá por los años de 1170: poseyéronla los caballeros templarios, cuyo recuerdo dejaron en Nuestra Señora del Temple; la familia de los Velascos, á quienes pertenecía á fines del siglo XIV, tuvieron allí un suntuoso palacio y casa fuerte guarnecida con artillería; pero de aquella grandeza solo quedan en pie

restos de sus murallas, ocho de sus antiguas parroquias muy reformadas, y la hermosa plaza mayor.

Más arriba, á orillas del Valderaduey, están Villamayor de Campos y Villardefallaves, la primera populosa, la segunda que guarda en su parroquia una hermosa custodia y el retablo del altar mayor, objetos muy celebrados por los artistas y los arqueólogos.

Dejemos casi en el límite de la provincia con la de León á Villanueva del Campo con sus dos viejas parroquias: más al Sur están Villalobos, que pasa de 1.000 habitantes, y Villafáfila, donde Fernando el Católico entregó á su yerno el gobierno de Castilla; Villarín de Campos, cuya parroquia tiene una imagen de Jesús Crucificado muy venerada en aquella comarca, y la Granja de Moreruela, donde estuvo el opulento y famoso monasterio fundado por San Atilano.

Si seguimos la dirección del Esla á poco más de una legua entraremos en la jurisdicción de Zamora, y un poco desviado del río veremos que se eleva San Cebrián; llamóse antes Castrotorafe, fué poblado por D. Fernando II y adquirió inmarcesible gloria defendiéndose contra D. Alfonso, rey de Portugal, enemigo de los Reyes Católicos. A unos seis kilómetros al Sur está Montamarta, que recuerda el famoso

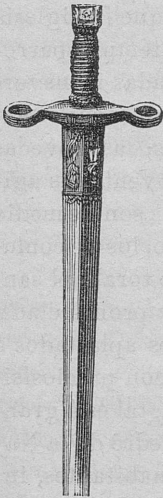
monasterio, y á orillas del Eslea permanece aún San Pedro de la Nave, priorato benedictino que tomó nombre de la barca que los monjes tenían para atravesar el río; á las influencias atmosféricas y á la acción del tiempo ha resistido aquella hermosa fábrica del siglo IX, que fué iglesia del monasterio y hoy sirve de templo parroquial. Consta de tres naves cortadas transversalmente por los brazos del crucero, á cuyos extremos se abren sus dos puertas; las bóvedas son de plena cimbra; tragaluces, ventanas agimeces de dos ó tres arquitos, todos son de medio punto, como los arcos del crucero; los de comunicación son rebajados, y el arco toral del santuario figura una herradura muy pronunciada; las columnas tienen los capiteles aplastados á manera de impostas, adornados con preciosísimos relieves en extremo curiosos; tal es á grandes rasgos la parroquia de San Pedro de la Nave, villa que apenas cuenta 500 habitantes, incluso los de Almendra y Valdeperdices, sujetos á su jurisdicción municipal.

Por el contrario, Moraleja del Vino, Madridanos, Morales del Vino, Pajares, Coreses y Corrales todas pasan de 1.000 almas, y aunque enriquecidas con los productos agrícolas, han vivido sin interés histórico ni artístico.

La jurisdicción de Corrales parte linderos

con el partido de Fuentesauco, cubierto de viñedos en sus laderas y de matorrales en sus cimas.

La capital estuvo amurallada en otro tiempo, y su caserío moderno nada revela de su an-



Espada de S. Fernando.

tigua importancia. Peleas trae á la memoria el monasterio cisterciense, fundado por San Martín Cid, protegido de Alfonso VII, que *hallándole varón justo*, le dió para este fin el Cubo, en aquellas cercanías; la abadía estuvo en otro paraje próximo llamado Bellofonte, hasta que en 1232 se trasladó á Valparaíso por orden de San Fernando, que quiso de este modo honrar el sitio de su nacimiento, donde se ven aún restos del hermoso templo.

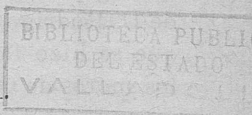
No lejos de Valparaíso está San Miguel de la Ribera, que también poseyó un convento de franciscanos fundado por San Pedro Alcántara. Sobre el río Guareña se asienta la Bóveda, que fué cabeza de una vasta encomienda de San Juan; más al Sur se levanta Fuentelapeña, notable población por sus frondosas alamedas, alineadas calles y linda parroquia.



El vecino distrito de Bermillo de Sayago es más accidentado, las poblaciones ofrecen poco de notable, incluso la cabeza de partido, á la que aventajan en población Perezuela, Peñausende, Almeida, y sobre todo Fermoselle, á la que da importancia la aduana y atractivo sus pintorescos alrededores; su castillo, aunque desmantelado, recuerda la prisión del alcalde Ronquillo por el obispo Acuña, y el entusiasmo de los comuneros, cuya bandera tremolaba en las almenas de la fortaleza aun después de la rota de Villalar.

### III.

## LA SERRANÍA.



Partidos de Benavente, Puebla de Sanabria y Alcañices.—Recuerdos históricos y artísticos que conserva.

No todo el partido de Benavente puede incluirse en la Serranía; pero á medida que vamos hacia Occidente, se estrechan las cañadas, y á las fértiles y deliciosas vegas sembradas de pñeblecillos suceden las alturas, unas escuetas y peladas, otras cubiertas de jarales, entre los cuales aparecen los pueblos, de corto vecindario y denegrido aspecto.

El Órbigo, el canal del Esla, el río de este

nombre y el Cea, contribuyen á la magnificencia del hermoso campo de Benavente, villa cercada de amenísimas huertas y lozanos plantíos, dispuesta en anfiteatro sobre una altura que combaten todos los vientos, y coronada por el alcázar de sus condes.

Su origen anda mezclado con una porción de leyendas, que si bien poéticas y caballerescas, ninguna luz arrojan sobre la verdad histórica; debía ser lugar muy importante cuando D. Fernando II de León se decidió á poblarla y allí reunió Cortes en 1176.

Llegó á su florecimiento durante el señorío de D. Rodrigo Alonso Pimentel (1461 á 1499), que se hizo famoso por sus campañas contra los moros de Granada, y desde entonces la corona ducal de Benavente fué una de las más brillantes de la monarquía, llegando á reunir cinco ducados, tres marquesados, tres condados, dos principados y otros títulos propios de los Zúñigas, Borjas, Sotomayores y Vigil de Quiñones.

En su distrito quedan muchos recuerdos de la antigüedad; Fuentes de Ropel mantiene su importancia con sus dos parroquias, Castrogonzalo parece ser uno de tantos campamentos ó castros que los romanos tuvieron en aquellas tierras, á juzgar por el antiquísimo puente que

volaron los franceses y por los restos de construcciones y objetos antiguos descubiertos en su término; al otro lado del río quedan Santa Cristina, que tuvo fuero en el siglo XII, y los campos de la Polvorosa, teatro de las victorias de Alfonso III el Magno, y donde se asientan poblaciones tan crecidas como Manganeses y Morales, no tan antiguas como Rosinos de Vidriales, Tardemezcar y Fuentencalada, que se remontan á los tiempos romanos; más al Sur, y sobre el Tera, se levantan Micereces, que pasa de mil habitantes; Camarzana, en la vía romana de Astorga á Braga, y Calzadilla de Tera, que produce abundantes cosechas de cáñamo y lino.

Siguiendo la cuenca del Tera, á pocos kilómetros de Calzadilla, penetramos en el partido de Puebla de Sanabria, agreste, escabroso y sepultado entre las nieves gran parte del año; la cabeza, como plaza fronteriza, tiene muros que la ciñen y un alto castillo que domina la comarca. Entre Asturianos y la Puebla se vieron por primera vez el gran Fernando el Católico y su desvanecido yerno D. Felipe, demostrando éste su altanería y D. Fernando su abnegación. Fuera de los recuerdos de la dominación visigoda, que traen á la mente Ungilde y Hermisende, poco interés ofrecen en aquella tie-

rra poblaciones que tuvieron la categoría de cabeza de partido, como Mombuey. Villar de Ciervos, que con tanto fanatismo defendió la reacción absolutista del año 23 del presente siglo, y otras de crecido vecindario como Cabreiros, Espadañedo, Lubián, Pedralba, Porto y Rosinos de la Requejada, son las únicas que debemos mencionar en este libro.

En este partido se encuentra el lago de Sanabria, célebre por la exquisita pesca de sus aguas, y en cuyo centro, al decir de Ambrosio de Morales, los condes de Benavente levantaron un suntuoso palacio.

Entre el lago de Sanabria y la laguna de Lalicillo, hállase la Cueva, sitio muy frondoso, que por sus pintorescos alrededores y su maravillosa vegetación, mereció que el P. Flórez la llamase *paraíso abreviado*.

La sierra de la Culebra, que arranca del partido de Puebla de Sanabria, recorre el de Alcañices en toda su extensión, y le hace tan áspero y montañoso como el anterior. La cabeza de partido está situada en un llano ligeramente inclinado, cerca de la frontera portuguesa, y rodeada de elevadas cuestas.

Bien guarnecida la poseyeron los templarios hasta la extinción de la Orden; presenció las bodas que para evitar peligrosas guerras cele-

braron allí Fernando IV con Doña Constanza de Portugal, y el príncipe heredero de este reino con Doña Beatriz de Castilla. Carlos V la erigió en marquesado, y casi toda su comarca dependió en lo eclesiástico hasta 1888 de la sede arzobispal de Santiago, mediante las dos vicarías de Alba y Aliste, que toman su nombre, ésta del riachuelo que la baña, y aquélla del antiguo castillo que remataba una de sus más altas cimas; ambos nombres sirvieron de título á un condado, de cuyos señores habremos de hacer repetidas menciones.

Alcañices, durante la guerra de la Independencia, supo mantenerse firme contra los ejércitos de Napoleón; pero su bravura hubo de estrellarse ante la falta de viveres y de gente para sostener un prolongado sitio, y hubo de rendirse al invasor, que no dejó bien parado el caserío.

Poco ofrece éste de notable; pero aún se conservan la iglesia parroquial, de agradable aspecto; restos de las antiguas murallas, el palacio de los marqueses, y en el centro de la plaza un cubo de antigua fortaleza convertido en torre de reloj.

Los pueblos de su distrito tampoco llaman la atención del viajero, ni por su feracidad ni por sus riquezas artísticas; pero no terminaremos

esta parte sin citar siquiera los nombres de Sarra-  
cín, que recuerda á Domingo Yáñez Sarra-  
cín, martirizado en Córdoba; Távara, cabeza  
del marquesado de su nombre, que recayó en  
uno de los Pimenteles de Benavente; Carvaja-  
les, uno de los pueblos de más vecindario y  
que ha figurado en los sucesos más notables  
de la provincia; Ricobayo, con un puente de  
construcción remotísima, restaurado en el pre-  
sente siglo, y finalmente, Pino, donde se halla-  
ba el famoso *sombrero de Roldán*, que no era otra  
cosa que una enorme piedra oscilante, tal vez  
monumento dejado allí por los primitivos po-  
bladores de España, y que la ignorancia y co-  
dicia de los vecinos derribaron de su pedestal,  
creyendo que escondía un tesoro.

BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO  
VALLADOLID

# HISTORIA POLÍTICA.

## EDADES ANTIGUA Y MEDIA.

### I.

#### ZAMORA HASTA EL SIGLO X.

Primeras noticias de la tierra zamorana.—Viriato.—Dominación visigoda.—Invasión árabe.—Primera reconquista de Zamora.—Alfonso III el Magno.—El día de Zamora.—Últimos años de Alfonso III.—Sus sucesores.—La batalla del Foso.—Toma de la plaza por Almanzor.—Estado de Zamora á fines del siglo X.

Mucho se ha discutido acerca del origen de Zamora, y sobre quiénes fueron sus primeros pobladores, sosteniendo unos con verdadero empeño, é impugnando otros la teoría, hoy anticuada, de que Zamora fué la heroica Numancia. Lo único que puede asegurarse es, que nuestra provincia estuvo habitada por los vaceos, en la orilla derecha del Duero, y por los lusitanos en la orilla izquierda del mismo río, y que la capital aparece con el nombre de Zamora en el cronicón de Sebastián de Salamanca, al enumerar las ciudades que Alfonso I el Católico conquistó á los moros, allá por los años de 747.

El territorio de Zamora fué uno de los principales focos de independencia contra los pretores ó gobernadores de Roma, desde las gloriosas campañas de Viriato hasta la completa sumisión de España en tiempo de César Augusto.

Viriato, según la tradición, fué un pastor nacido en Torrefrades, que desde joven se había ejercitado en la guerra contra los romanos; llegó á reunir un ejército de 10.000 hombres, y consiguió tales triunfos, que Roma ajustó con él una paz vergonzosa, por la cual quedaban la Extremadura y parte de Portugal y Castilla independientes.

Cuando ganó la primera victoria luchando contra un cónsul, colocó en su lanza una faja encarnada, haciendo de este trofeo su principal enseña, y á cada triunfo consular añadía una nueva faja, llegando á obtener hasta ocho fajas, formando de este modo *La Seña Bermeja*, que andando el tiempo vino á ser el blasón y bandera de la ciudad de Zamora.

Roma no pudo vencer al famoso caudillo, y compró la vida de tan molesto enemigo.

Terminada la conquista, las tierras zamoranas figuraron en las provincias Lusitania y Tarraconense, y tuvieron nombradía Zamora, Toro, Valderaduey y Peñausende.



Á principios del siglo V, nuestra provincia fué señoreada por los suevos, hasta que el rey godo Teodorico los redujo á la posesión de Galicia; y entonces, las fértiles campiñas de Zamora, comprendidas entre el Órbigo y el Pisuerga, recibieron el nombre de *campos góticos* ó Tierra de Campos.

En el siglo VIII los árabes ocuparon sin resistencia los campos de Zamora, y sus habitantes conservaron el libre ejercicio de la religión cristiana y la propiedad de las tierras, mediante un crecido tributo; pero la capital no pudo levantarse de sus ruinas hasta que Alfonso III (893) emprendió su repoblación y reedificó sus fortalezas con gente venida de Toledo. Entonces pudo ya resistir las avanzadas del ejército agareno.

En efecto, corría el año 901 cuando Abul Casín, con un ejército de 60.000 hombres, se dispuso á atacar á Zamora; la plaza resistió hasta que un ejército mandado por el rey trabó batalla campal que no duró menos de cuatro días, al cabo de los cuales cedieron los mahometanos; Abul Casín murió en el combate, y su cabeza, con otras muchas, coronaron las almenas y puertas de la ciudad. La historia recuerda tan señalado triunfo con el nombre de *día de Zamora*, al cual debió nuestra capital su

afianzamiento y el rápido desarrollo de su población.

Cerca de cuarenta años transcurrieron sin notables alteraciones en nuestra provincia, hasta que ocupó el trono Ramiro II, en cuyo tiempo se libró la sangrienta batalla del foso de Zamora.

En 939, después de la batalla de Simancas, y tal vez como continuación de ella, un ejército moro puso cerco á nuestra capital; hallábase ésta fortificada con siete muros de extraordinaria solidez separados entre sí por cortaduras y profundos cauces llenos de agua; Abderramán tomó los dos primeros muros, pero al asaltar la tercera cerca en aquella angostura inundada por el río, encontró la valla coronada de bravos defensores; los moros cegaron el foso con los cadáveres de sus compañeros, dieron el asalto y se hicieron dueños de la plaza á pesar del denuedo y de la bizarría de los cristianos, quedando el foso convertido en un lago de sangre. A los pocos días Ramiro II cayó sobre Zamora, pasó á cuchillo la guarnición, persiguió á los musulmanes y otra vez la bandera cristiana ondeó triunfante sobre el alcázar zamorano.

Más tarde, en 981, otro ejército moro, al mando de Abdalasis, lugarteniente de Alman-

zor, puso sitio á Zamora; el sarraceno no pudo tomar la plaza, pero asoló sus tierras y derribó las iglesias y monasterios de sus cercanías; poco despues, indefensa la ciudad, casi sin vecindario y abandonada por Bermudo II, abrió sus puertas á Almanzor, que acababa de conquistar á León, y padeció los horrores del saqueo (988). Después de once años, el intrépido caudillo la repobló con musulmanes y le dió un gobernador.

Hemos llegado, pues, á la época más calamitosa de Zamora; sus enhiestas torres y formidables muros quedaron reducidos á montones de escombros; estaba huérfana de pastores que avivasen la fe de los pocos cristianos que en ella permanecieron muchos de los condes habían reconocido la soberanía del musulmán, y la potente monarquía leonesa no se pasaba más allá de los límites que tuvo al verificarse la invasión árabe. Así continuó Zamora hasta que una dama, la prudente Doña Elvira, madre y tutora de Alfonso V, logró calmar las divisiones intestinas, y celebrando alianzas con el conde de Castilla y el rey de Navarra, derrotó á Almanzor en la batalla de Calatañazor, en 1002.

## II.

### LOS SIGLOS XI Y XII.

Primeros años del siglo XI.—Restauración de Zamora por Fernando I.—El Cid.—Testamento de D. Fernando.—Doña Urraca, reina de Zamora.—Cerco de Zamora.—D. Alfonso VI.—Revueltas civiles.—Alfonso VII.—Recíprocos servicios.—D. Ponce Cabrera.—Motín de la trucha.—Servicios á Fernando II.

Con el triunfo de las armas cristianas sobre el ejército de Almanzor, parecía llegada la hora de la regeneración de nuestra ciudad; pero ni el guerrero empuje del malogrado Alfonso V, que emprendió con denuedo la restauración de Zamora, ni las hazañas del animoso Bermudo III, fueron suficientes á vigorizar la moribunda capital, siendo preciso que llegaran los venturosos días en que Fernando I, libre ya de disensiones domésticas, emprendió la reorganización del reino y afianzó la conquista de toda la margen izquierda del Duero.

Entonces Zamora se levanta del polvo; en ella afincan valientes pobladores venidos de la montaña, adquiere del monarca excelentes usos y ventajosos fueros, y surge lozana como una de las ciudades más hermosas y más fuertes del reino. Allí fijó el Rey su residencia y preparó sus gloriosas expediciones; reedificó los antiguos templos y levantó otros nuevos, y pa-

rece que puso por gobernador ó conde al noble caballero Arias Gonzalo, quien en las ausencias del rey tenía á su cargo la custodia y educación de las infantas, y criaba bajo su cuidado á Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid; la figura más simpática de nuestros héroes y el tipo más acabado de los señores de su época.

Ya había sido armado caballero y había casado, por indicación del rey, con Doña Jimena, dama de una familia rival de la suya, cuando el monarca, atendiendo más á los sentimientos de padre que á los

finés políticos, repartió el reino entre sus hijos, adjudicando á D. Sancho, Castilla; á D. Alfonso, León; y á D. García, Galicia. Los romances cuentan que su hija Doña Urraca se quejó á su padre de no haberla dejado herencia, y



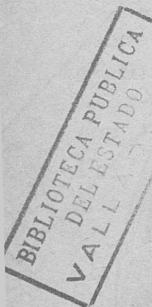
El Cid.

que D. Fernando entonces mandó á Doña Elvira la ciudad de Toro y á Doña Urraca la de Zamora con todos sus términos y lugares, diciendo:

Allá en Castilla la Vieja  
Un rincón se me olvidaba,  
Zamora había por nombre,  
Zamora la bien cercada;  
De parte la cerca Duero,  
Del otra peña tajada,  
Del otra la Morería;  
Una cosa es muy preciada.  
Quien os la tomare, hija,  
La mi maldición le caiga;  
Todos dijeron amén,  
Sino Don Sancho, que calla.

Muerta en 1067 la reina Doña Sancha, don Sancho el de Castilla manifestó claramente sus ambiciosos planes. Despojó á D. Alfonso, que encontró asilo entre los moros de Toledo, y á D. García, que fué reducido á prisión; Toro no debió ofrecerle mucha resistencia; pero Zamora le inspiró serios temores, y allí acudió con todo su ejército.

Ante el aspecto formidable é imponente de la plaza, pensó hacer tratos con Doña Urraca, misión que encomendó al Cid. Fué éste recibido por el gobernador Arias Gonzalo, pero los zamoranos rechazaron las proposiciones; por



lo cual D. Sancho trató al Cid de sospechoso y parcial; éste, no acostumbrado á semejantes dudas, levantó el campo con su mesnada, y no volvió al servicio del rey sin recibir amplias explicaciones de aquella suspicacia. Don Sancho entonces estrechó el cerco y comenzó los asaltos: la situación de la plaza no era en verdad muy desahogada, porque á ella habían acudido muchos partidarios de D. Alfonso y de D. García. Hallábase entre éstos un caballero gallego, llamado Vellido Dolfos, con 30 vasallos suyos, y cuando tocaba á su término el séptimo mes de asedio, cuando la falta de víveres se dejaba sentir en la población y cuando la Infanta, consternada por tanta desdicha, reunía el Concejo para pedir que terminase la resistencia, Vellido Dolfos, sin dar cuenta de su proyecto, salió de la plaza y se presentó al rey, haciendo protestas de vasallaje. El rey le creyó, y Vellido, so pretexto de mostrar al rey un postigo que era fácil sorprender con poca gente, le separó de las tiendas, y á traición le disparó un venablo, que atravesó el pecho del monarca. El traidor corrió presuroso hacia la plaza, y dícese que visto por el Cid, fué perseguido hasta la misma puerta, que se cerró al clavar en ella el Cid su lanza. D. Sancho murió cristianamente en su tienda el 6 de Octubre de 1072. Los leo-

neses y gallegos que por fuerza militaban en sus filas se desbandaron; sólo los castellanos permanecieron en el campo.

No menos confusión hubo en la plaza por decidir la suerte de Vellido, cuya traición caía sobre todos los zamoranos. Terminadas las exequias reales, los castellanos retaron á Zamora; D. Diego Ordóñez fué el campeón que sostuvo la demanda contra los hijos de Arias Gonzalo; y cuando habían muerto tres de ellos, llegó el rey D. Alfonso, que puso término á la lid, declarando libre á la villa. Leoneses y gallegos le recibieron con júbilo; pero los castellanos le hicieron jurar antes de aclamarle.

D. Alfonso tenía á la sazón diez y nueve años, que si eran escasos para regir una monarquía, fueron bastantes para buscar apoyo en el buen juicio, en la prudencia, en las virtudes y las grandes dotes de gobierno de su hermana, á la que dió el título de *Reina*, que las crónicas y la tradición han conservado con el sobrenombre de Zamora.

Con la toma de Toledo por D. Alfonso, en 1085, las fronteras cristianas avanzaron desde las márgenes del Duero á las del Tajo; Zamora se vió entonces libre de las continuas algarradas de los árabes, y pudo dedicarse al mejoramiento de su vida municipal y al cultivo de los



campos; su vecindario creció tanto, que á pesar de salir de ella muchas familias para la repoblación de Ávila y Salamanca, el recinto murado fué estrecho, y con permiso del rey se empezaron á levantar casas extramuros, y bien pronto se formaron los barrios de Puebla del Valle y Puebla de San Torcaz, bajo la protección del conde D. Raimundo de Borgoña, esposo de la infanta Doña Urraca.

Muerto el conde, Doña Urraca, á quien le quedaba un hijo, Alfonso VII, casó en segundas nupcias con Alfonso I, rey de Aragón, casi al mismo tiempo que bajaba al sepulcro el anciano y achacoso rey D. Alfonso VI. El matrimonio, hecho por razón de estado, no pudo unir las almas de los cónyuges, y bien pronto el reino se dividió en bandos, atizados por Doña Teresa de Portugal, hermana de Doña Urraca, que pretendía la posesión de Salamanca, Toro y Zamora, en la cual estableció su residencia, y ejerció de reina hasta que Alfonso VII fué reconocido en Cortes y coronado en 1126.

Alfonso VII amplió los fueros de Zamora, diólos nuevos á Benavente, Santa Cristina y otras villas; designó los términos de los concejos, organizó la vida municipal y ajustó en Ricobayo una concordia con su tía Doña Teresa

de Portugal, por la cual se reconoció feudataria de Castilla. Los zamoranos en cambio, siguieron al monarca en sus gloriosas campañas de Jaén, Baeza, Úbeda y Andújar, en la conquista de Almería y en las expediciones de Galicia y Portugal. Por entonces, 1142, tenía el gobierno de Zamora, con el título de príncipe, D. Ponce Cabrera, guerrero de gran fama, y de quien las crónicas hacen muchos elogios; acaudilló la hueste zamorana en el sitio de Almería, conquistó los castillos de Aurelia y de Alboher, y destruyó á Urgi de orden del Emperador.

Por muerte de Alfonso VII heredó el trono leonés su hijo Fernando II, en 1157. Al año siguiente, un suceso inesperado vino á consolidar en Zamora el poder del Concejo y del estado llano, en perjuicio de la nobleza poderosa y arrogante.

Compraba en el mercado un zapatero y ajustó una trucha que le fué disputada, á título de privilegio, por el despensero de un noble, llamado Gómez Álvarez de Vizcaya. Con este motivo vinieron á las manos, y los espectadores tomaran cartas en el asunto; Gómez Alvarez redujo á prisión al zapatero y convocó á los nobles, que se reunieron en Santa María la Nueva, para tratar del castigo de los amotina-

dos; pero la plebe, capitaneada por un pellitero llamado Benito, prendió fuego á la iglesia, donde perecieron todos los que estaban dentro; arrasó la casa de Gómez, y á fin de esquivar el castigo, cogieron sus haberes, y en número de 7.000 almas, entre ellas 4.000 de armas, salieron de Zamora y sentaron sus tiendas al otro lado del puente de Ricobayo, muy cerca de la linde portuguesa.

Desde allí enviaron cartas á Fernando II, quien á pesar de la resistencia de Ponce Cabrera y otros nobles zamoranos de la corte, perdonó á los plebeyos, con la condición de que volvieran á Zamora y reedificasen á su costa la iglesia de Santa María. Los nobles se disgustaron con el rey, pero al poco tiempo volvieron las cosas á su primer estado.

Los zamoranos siguieron las banderas del monarca en la guerra que sostuvo con Portugal en 1169, á cuyo soberano ayudaron grandemente contra los moros, que sitiaban á Santarén en 1184, y asimismo contribuyeron á la pacificación de Salamanca, cuando ésta y los de Ávila se alzaron en armas por la fundación de Ciudad-Rodrigo.

D. Fernando murió en Benavente, habiendo pasado en tierra de Zamora gran parte de su reinado.

## III.

## SIGLO XIII.

Alfonso IX.—Conquista de Mérida.—Escudo de armas de Zamora.—Fernando III se corona en Toro.—Organización del Concejo.—La hueste Zamorana en Córdoba y Sevilla.—Desgraciado gobierno de D. Alfonso X el Sabio.—Rebelión de D. Sancho.—Lealtad de Ferrán Pérez Ponce.—Desafueros del príncipe D. Juan.

A Fernando II le sucedió su hijo Alfonso IX, príncipe valeroso y muy ilustrado, que había sido bautizado en nuestra ciudad; sostuvo una guerra desastrosa contra Castilla, que terminó casándose con Doña Berenguela, hija del castellano, de cuyo feliz matrimonio nació San Fernando. Pero antes de ocuparnos de este santo rey recordaremos la última campaña de Alfonso IX. Corría el año 1227, y después de reunir en Zamora la hueste para ir á pelear contra los moros de Extremadura, tomó á Cáceres y Montánchez y se dispuso á conquistar á Mérida, antiquísima ciudad, bien fortificada. El rey moro Aben Hut había hecho el último esfuerzo para defenderla y contaba con numeroso y aguerrido ejército; los capitanes del leonés creyeron prudente no aventurarse aceptando la batalla, pero el rey colocó á los zamoranos en la vanguardia; empezó la lucha, y á pesar de la di-

ferencia del número, vencieron los cristianos: los de Zamora se apoderaron del puente, con lo cual Mérida abrió sus puertas, y el rey, en memoria de esta hazaña, otorgó al Concejo que añadiese á su escudo el puente de Mérida.

Muerto D. Alfonso, dejó por herederas á sus dos hijas Doña Sancha y Doña Dulce, habidas en su primer matrimonio. Pero Fernando III, que ya era rey de Castilla y se había granjeado el afecto de sus vasallos, de acuerdo con su madre Doña Berenguela, dejó la guerra de Andalucía y vino á tomar posesión del reino de León; los pueblos le aclamaron con entusiasmo, Doña Sancha y Doña Dulce renunciaron sus derechos en Benavente, mediante una pensión, y D. Fernando fué coronado en Toro, por haber sido la primera ciudad que le rindió homenaje. Luego recorrió las poblaciones del reino, y al llegar á Zamora tuvo que intervenir en los disturbios promovidos entre el monasterio de Sahagún y los campesinos de Toro.



Escudo de Zamora.

Por entonces renacieron también las antiguas diferencias entre los caballeros y el concejo de Zamora, que el rey sofocó hábilmen-

te, haciendo una concordia para que en lo sucesivo hubiera en la ciudad ocho jueces de la clase de Caballeros, ocho del Concejo, dos de parte del rey y uno del obispo, que ejercieran los cargos por anualidades.

En Benavente estaba Fernando III cuando recibió la noticia de que los cristianos se habían apoderado de un barrio de Córdoba, y con la hueste zamorana salió para la conquista de la plaza, empresa que realizó felizmente, así como la de Sevilla en 1248; cuatro años más tarde murió el esforzado monarca que, por sus virtudes, fué colocado en el número de los santos.

Con el reinado de su hijo Alfonso X el Sabio inaugúrase una serie de desastres que empezaron por sus pretensiones al imperio de Alemania; en Zamora reunió Cortes en 1274 para pedir dinero con qué cubrir los enormes gastos que esto le proporcionaba; los moros, envalentonados, se entraban por tierra de cristianos, su familia y muchos valientes capitanes se expatriaron ante la debilidad del rey y las ambiciones del príncipe D. Sancho; el ejército que sitió á Algeciras, en el cual figuraba también la hueste zamorana, fué deshecho por los moros, y D. Sancho se declaró en abierta rebelión contra su padre. Zamora siguió al hijo, pero el alcázar se

mantuvo fiel á D. Alfonso, así como el intrépido zamorano Ferrán Pérez Ponce, que con 300 caballos deshizo una hueste numerosa de Sancho en las cercanías de Córdoba, y tal vez hubiera terminado con la rebelión del príncipe, si el monarca no hubiese muerto. Con este suceso, D. Sancho vióse dueño del trono, y viniendo á Zamora después de coronarse en Toledo, su primer cuidado fué declarar heredera á su hija Isabel, nacida en Toro, y dar á su antiguo enemigo, pero leal Ferrán Pérez, las muchas mercedes que quitó á los que le habían ayudado en la rebelión; más tarde, cuando tuvo de Doña María de Molina al príncipe don Fernando, encomendó su crianza á aquel viejo vasallo y famoso caballero.

En los reinados de Sancho IV y de Fernando IV, las tierras de Zamora estuvieron expuestas á las venalidades y desafueros del infante D. Juan, que se hizo dueño de pueblos y castillos, entre ellos Mota, Castronuño, Castrotorafe, Fermoselle, Villafáfila, y quiso apoderarse de Benavente, de donde fué rechazado: Toro y Villalpando se mantuvieron fieles á Doña María de Molina, y aunque Zamora simpatizaba más con la reina, el alcaide del alcázar, partidario de los revoltosos, le entregó la fortaleza; pero asesinado el alcaide por un za-

morano, quedó en Zamora restablecida la autoridad de la reina.

Sólo el talento, la prudencia, la constancia y el inflexible carácter de Doña María, pudo mantener á flote el trono de su hijo, tan rudamente combatido por los infantes, que unas veces en manifiesta rebelión y otras con hipócritas intrigas, encaminaban sus actos á coger las riendas del gobierno.

## IV.

### SIGLOS XIV Y XV, HASTA LOS REYES CATÓLICOS.

Revueltas civiles.—El infante D. Juan Manuel en Zamora.— Zamoranos en la batalla del Salado y en otras campañas.— D. Pedro I.—Su cautiverio en Zamora.—Toma de Toro.— Fidelidad de Zamora.—Alfonso López de Tejada.—Cortes de Toro.—Reinados de D. Juan I y de Enrique III.—Trastornos políticos durante el gobierno de D. Juan II y de Enrique IV.—Lealtad de Zamora.—Recibe los títulos de NOBLE Y LEAL CIUDAD.—Juan Ulloa el *Malo*.—Batalla del Cardo.—Los Reyes Católicos.—Guerra de la Beltraneja.—Batalla de Toro.—Estado de Zamora al terminar el siglo XV.

Las turbulencias que agitaron el reino en el siglo anterior renováronse al subir al trono Alfonso XI, niño que contaba poco más de un año, y residía en Toro con algunos caballeros leales.

Muerta la reina madre, recayó la tutela en Doña María, que tuvo por competidores á los



infantes D. Juan Manuel, D. Juan el Tuerto y D. Felipe; por fin éstos transigieron la cuestión por mediación de Doña María, y se repartieron el gobierno. Zamora cupo en suerte al infante D. Juan Manuel, el cual guarneció el alcázar y desde allí se entregó á todo género de excesos y atropellos en la honra y hacienda de los vecinos; cansados éstos de sufrir, se apoderaron del alcázar y le entregaron al infante D. Felipe.

Entretanto el rey llegaba á los catorce años; fué declarado mayor de edad, y acabó bien pronto con aquella anarquía; le ayudó en esta empresa su favorito Alvar Núñez Osorio, que abusó de la confianza que en él tenía depositada el monarca, por lo cual las ciudades de Toro, Zamora y Valladolid se concitaron contra él y lograron su destitución. Libre algún tanto el reino de las revueltas civiles, hizo el rey en 1340 una excursión contra los árabes, á quienes venció en la batalla del Salado, en la cual se distinguieron los zamoranos Ruiz Pérez Ponce y Rodrigo Pérez.

Los zamoranos, juntamente con los concejos de Toro y Benavente, volvieron con el rey á orillas del estrecho de Gibraltar, en 1342. En este mismo año empezó Alfonso XI los preparativos para la conquista de Algeciras, y si por

espacio de diez y ocho meses el ejército sitiador padeció todo género de penalidades, el concejo de Zamora tuvo la honra de clavar su bandera en las almenas de la ciudad morisca, en 1344.

Sitiaba Alfonso XI la plaza de Gibraltar en 1350, cuando le sorprendió la muerte; le sucedió su hijo D. Pedro I, á quien disputaron la corona sus hermanos bastardos, cuyo partido abrazaron muchos descontentos, incluso el canciller



D. Pedro I.

D. Juan Alonso de Alburquerque, que se hizo fuerte en tierra de Zamora, donde tenía la villa de Carvajales con toda la tierra de Alba de Aliste, el castillo de Tierra y Castrotorafe: figuraba también en la conspiración la reina madre, que

disponía de la plaza de Toro. Después que los rebeldes y el rey se avistaron en Tejadillo sin venir á concordia, los confederados entraron en Zamora, donde estaba D. Pedro, prendieron á todas las personas del séquito real, se repartieron los cargos, y el rey quedó en realidad hecho prisionero; pudo comprar con mercedes á su hermano D. Tello, y un día escapó á Segovia, donde se preparó á la venganza.

En 1355 vino con su ejército sobre Toro, que se había fortificado, y aunque resistió los ataques del ejército real, la torre del puente fué ganada por asalto y la plaza fué entrada por sorpresa en 5 de Enero de 1356; semejante triunfó fué la señal de las venganzas, y á manos de D. Pedro fueron cayendo multitud de sus enemigos.

Zamora, que le había sido fiel, recibió en premio un privilegio declarándola franca para siempre de todo pecho y tributo.

Renovada la guerra en 1366, Zamora continuó adicta á D. Pedro; D. Enrique el Bastardo mandó contra ella un ejército que tuvo que retirarse, y la hueste zamorana, acaudillada por Ferrand Alonso y Men Rodríguez, no abandonó al legítimo y justiciero rey hasta después de su muerte, en los campos de Montiel. Sin embargo, Zamora no quiso alzar pendones por el de Trastámara, y se ofreció con su tierra á Portugal; por espacio de tres años hizo este reino la guerra á D. Enrique, y otros tantos resistió Zamora á los ejércitos reales, hasta que hecho prisionero en una de las salidas Ferrand Alonso de Zamora, capituló la plaza y abrió sus puertas en 1371; pero el alcázar sostuvo por sí mismo la defensa. Era su alcaide Alfonso López de Tejeda, de ilustre familia salmantina; se había encerrado en la fortaleza con

su mujer y un hijo, pero otros tres que tenía en la ciudad cayeron en poder del sitiador; presentólos éste delante de su padre amenazando matarles si no entregaba el alcázar; Alonso López de Tejada consintió ver morir á sus tres hijos antes que entregar la fortaleza; poco después, cuando se agotaron las vituallas y la guarnición había quedado reducida por la peste á muy pocos soldados, Tejada, con su mujer, el hijo que le quedaba y algunos soldados hábiles, salió de noche para Portugal, llevándose las llaves del alcázar.

Inmediatamente el rey reunió Cortes en Toro, donde derramó las mercedes á fin de aparecer llano y generoso, y largo tiempo estuvo en Zamora y su tierra persiguiendo los últimos restos de los leales é intrépidos defensores de la causa de D. Pedro.

Muerto D. Enrique, ocupó el trono su hijo D. Juan I, que, con motivo de las guerras de Portugal é Inglaterra, estableció su cuartel en Zamora, á fin de guarnecer mejor la frontera; á pesar de esto, un ejército anglo-portugués penetró por Alcañices y puso cerco á Benavente, que le rechazó con denuedo.

No fué menos tranquilo el corto reinado de Enrique III, que tuvo su corte en Zamora, para estar á la vista de los manejos de los pró-

ceres, especialmente del Arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio.

En 1405 nació en Toro el infante D. Juan, y al año siguiente, por muerte de su padre, fué elevado al trono de Castilla, bajo la tutela de su madre y de su tío D. Fernando de Antequera; la prudencia y energía de los regentes tuvieron á raya á la levantisca nobleza, y así pasó tranquila la minoría de D. Juan II.

Declarado el rey mayor de edad, comenaron los bandos, que crecieron con la debilidad del monarca, y aunque éste reunió Cortes en Toro para zanjar las diferencias, nada consiguió; al contrario, de día en día aumentaban los descontentos de la privanza que ejercía D. Álvaro de Luna.

La reina residía en Fuentesaúco, y D. Juan frecuentaba nuestra tierra y su capital, ya para seguir de cerca la toma de los castillos de Alba de Aliste y de Tiedra, que habían caído en poder de los descontentos, ya para reunir Cortes en 1432, que hicieron un ordenamiento de cincuenta y cuatro peticiones con sabios preceptos para el mejor gobierno de los pueblos; Castronuño, Toro, Villalpando y Benavente presenciaron unas veces las tentativas de concordia entre los próceres y el rey, y otras pelearon con algunas po-

blaciones de la provincia en pro del bando que más les favorecía; á todo esto el príncipe Don Enrique, heredero del trono, hacía causa común con los rebeldes, y D. Juan II, sin disfrutar apenas las delicias de la paz, murió en 1454.

Su hijo D. Enrique, por satisfacer á sus amigos, envió corregidores á muchas ciudades, violando así las leyes y ordenamientos municipales; Zamora, después de sufrir paciente-mente las arbitrariedades y exacciones del nuevo gobernador, se amotinó contra él y le expulsó de su territorio; esto, combinado con el disgusto de otras muchas ciudades, produjo la rebelión de los próceres contra el rey y su privado D. Beltrán de la Cueva, llegando á deponerle en Ávila de una manera grotesca.

En tan angustiosa situación, Zamora le sirvió de puerto de refugio; allí acudieron los leales que le quedaban; allí fué recibida su hija Doña Juana la Beltraneja con honores de princesa, y allí formó aquel ejército que puso á raya las demasías de los rebeldes. Toro había jurado mantenerse fiel al rey, y puede asegurarse que la tierra de Zamora fué la que con más vigor sostuvo la desprestigiada bandera de D. Enrique IV. Así lo comprendió el monarca, que en varias ocasiones hizo pública

su gratitud ampliando los fueros y privilegios de la capital y disponiendo que se intitulase y llamase perpetuamente NOBLE Y LEAL CIUDAD DE ZAMORA.

Continuaron los disturbios, ó mejor dicho, la anarquía más completa en los últimos años del reinado de D. Enrique, hasta el extremo que los malhechores se juntaban en cuadrillas, se fortificaban en castillos, tenían á sus órdenes mucha gente de armas y cobraban tributos en extensas zonas: distinguióse entre éstos malhechores Juan Ulloa, *el Malo* ó *el Tresquilado*.

Descendía de una familia ilustre de Toro, y lleno de ambición, hizo ahorcar delante de su casa á algunos caballeros principales que se oponían á sus rapiñas; confiscó los bienes de cuantos pudo, y pensando hacer lo mismo en Zamora, proyectó levantar una fortaleza en término de Sanzoles y otra en el lugar de Coreses, con las cuales, á vista de Zamora, dominando los valles y caminos por ambas orillas del río, tendría bloqueada la ciudad. Comenzada la construcción de la fortaleza, los de Zamora, acaudillados por Alonso de Valencia y su hermano Diego, y llevando por bandera la enseña bermeja de la ciudad, salieron á impedirlo. Encontráronse los ejércitos entre Coreses y Zamora, y después de encarnizada lucha triun-

fó la buena causa, librando al territorio de una de sus mayores plagas. Porque los zamoranos llevaban por divisa unas ramas de cardo, este hecho de armas se llamó batalla del Cardo.

Poco después Enrique IV bajaba al sepulcro, siendo aclamada reina de Castilla su hermana Doña Isabel la Católica, casada con don Fernando V de Aragón. Doña Juana la Beltraneja disputóles la corona, contando con Portugal y muchos partidarios, especialmente en tierra de Salamanca y de Zamora, en donde estableció su corte D. Alfonso de Portugal.

Doña Isabel ganóse las simpatías de Francisco Valdés, alcaide de las torres del puente, y ambos, puestos de acuerdo con los zamoranos adictos á los Reyes Católicos y con el mismo D. Fernando, se hicieron dueños de la ciudad y se apoderaron á viva fuerza del alcázar.

D. Alfonso se había guarecido en Toro, y aunque de allí salió con intento de caer sobre Zamora, D. Fernando le hizo volver grupas, alcanzándole en el camino, donde se dió la famosa batalla de Toro, que vino á asegurar la corona de Castilla en los Reyes Católicos. Zamora, en premio de tantos servicios, vió añadir por manos del rey á la enseña bermeja una banda de tafetán verde, que la tradición dice ser la misma que el rey llevó en el combate.



Los reyes además concedieron una feria franca anual de veintidós días, que se llamó del *Botijero*, y repartieron muchas mercedes entre los caballeros que más les ayudaron.

Toro, donde se habían refugiado los restos de la guarnición de Zamora y del ejército portugués, estaba bien defendida por el conde de Marialba.

Los toresanos, cada día más oprimidos por los portugueses, empezaron á conspirar siguiendo las indicaciones de Antona García, entusiasta por Doña Isabel; con ella trabajaban su esposo Juan de Monroy, Pedro Pañón y Alonso Fernández Botinete; pidieron sigilosamente fuerzas para atacar la plaza por sorpresa, pero fueron rechazados los asaltos y los conspiradores ejecutados; entonces vino á formalizarse el cerco, que se habría prolongado notablemente á no ser por el pastor Bartolomé que era de Toro y conocía una entrada en la plaza que no estaba vigilada, por caer á la parte más áspera y escarpada de la orilla del Duero; consiguió que por allí treparan unos 600 hombres, los cuales de improviso se lanzaron á la plaza, pusieron en desorden la guarnición, y Marialba, recogiendo de prisa sus soldados, salió al campo, quedando en el alcázar María Sarmiento, viuda de Juan Ulloa, el Malo, que se negó á entre-

gar la fortaleza; pero al fin de 30 días de cerco hubo de ceder, siendo perdonada por la reina.

El pastor recibió muchas mercedes de los reyes, los caballeros despojados por Juan Ulloa fueron reintegrados en sus bienes, y á los descendientes de Antona García se les concedió las franquicias y libertades contenidas en el fuero de Valderas.

Las milicias de Zamora, Benavente, Villalpando, Villafáfila y otros lugares continuaron ocupándose en la pacificación del territorio, y por último ayudaron á la conquista de Granada.

Durante el reinado de los Reyes Católicos, Zamora llegó á un alto grado de florecimiento; los reyes protegieron el ornato de la ciudad, disponiendo la construcción de las Casas Consistoriales, el ensanche de la plaza, el reparo del puente y de las murallas, la conservación de la torre de la catedral, que dejó de ser castillo para convertirse en campanario, el establecimiento de la alhóndiga, el orden de los abastos, la libertad de comercio con Portugal y otros muchos beneficios.

Al mismo tiempo llegaban á su apogeo la industria de las lanas, la fabricación de mantas, el curtido de las pieles, la ferretería, la platería y las fundiciones; el español Antón de Cen-

tenera estableció la imprenta, siendo Zamora la sexta ó séptima ciudad de la península que usó tan admirable descubrimiento.

## EDAD MODERNA.

### V.

#### SIGLO XVI.

Muerte de Doña Isabel I.—Leyes de Toro.—Vistas en el Remesal.—Felipe I.—El obispo Don Antonio Acuña prende al alcalde Ronquillo.—Regencia del Cardenal Cisneros.—Guerra de las Comunidades.—Servicios de Zamora á la Comunidad.—D. Antonio Acuña, campeón de los comuneros.—Su prisión y muerte.—Monsalves y Mazariegos.—Zamoranos en Túnez y en América.—Fiestas en honor de Felipe II.—Decadencia.—Capitanes ilustres.—Desgracias públicas.

Zamora entraba en el siglo XVI haciendo ostentación de su riqueza y generosidad para recibir á la infanta Doña Catalina, casada con Enrique VIII de Inglaterra, pero no tardaron estos motivos de regocijo en convertirse en doloroso llanto por la muerte de la excelente reina Doña Isabel, á fines de 1504.

Inmediatamente D. Fernando convocó Cortes en Toro, que se reunieron en 11 de Enero de 1505, en ellas se juró reina á Doña Juana, se encargó á D. Fernando la regencia mientras ésta y su esposo Felipe de Austria venían á



España, y se ordenaron las famosas *leyes de Toro*, que se promulgaron poco después.

D. Felipe, que ambicionaba para sí todo el gobierno, vióse adulado por algunos próceres, especialmente por el conde de Benavente, que dispuso grandes fiestas en Puebla de Sanabria para solaz de los príncipes, en tanto que Don Fernando se retiraba á la aldea de Asturianos, y de allí enviaba emisarios á su yerno para avistarse en el Remesal. Después de una conferencia breve y sin interés, D. Fernando marchó á Villafáfila y D. Felipe entró triunfante en Benavente, donde estableció su corte y donde se firmó la renuncia que D. Fernando hacía á la regencia del reino, por no venir á las manos con su desvanecido yerno.

Desde entonces D. Felipe gobernó á su albedrío, quitando los cargos y las tenencias de las fortalezas á los parciales de D. Fernando. Por fortuna la muerte se encargó de atajar las banderías que los nobles iban formando unos en pro y otros en contra del nuevo soberano.

Distinguióse entre los partidarios de D. Felipe el prelado más astuto y más inquieto de que hablan las crónicas, D. Antonio de Acuña, que siendo arcediano de Valpuerta se ofreció incondicionalmente al monarca; éste le envió de embajador á Roma, y arregló las cosas tan

en su provecho, que á la muerte del rey consiguió del Papa el nombramiento de Obispo de Zamora, cuya sede estaba vacante. Al tomar posesión, el Concejo y el Cabildo le opusieron resistencia; pero con el alcázar, que estaba en poder de su pariente Alvar Pérez Osorio, con la gente que reclutó y haciendo armar á los clérigos, después de amenazarles con excomuniones, se impuso en la ciudad y se apoderó del castillo de Fermoselle.

El alcalde Ronquillo fué enviado por el Consejo Real á reprimir tales escándalos; pero el obispo le cogió prisionero, y fué necesario un ejército en toda regla que defendiese á otro nuevo alcalde, Gómez de Herrera, que también quedó prisionero del obispo; el astuto Acuña entretuvo al ejército mientras levantó un castillo en Fuentesauco, pidió socorros á Benavente y á sus deudos de Galicia, con lo cual, y el dinero de las Iglesias, fortificó algunos pueblos y señoreaba el territorio, mostrándose superior en fuerzas, en osadía y actividad, á los mismos capitanes del rey.

La actividad del obispo y la peste de 1507 fueron para la tierra zamorana una verdadera plaga que arrebataron muchas vidas y haciendas. Al año siguiente volvió D. Fernando á encargarse del gobierno en atención á la de-

mencia de su hija Doña Juana, y prendado de las condiciones personales del obispo, le dejó en posesión de la sede que había conquistado, y utilizó sus servicios para atraer á su partido al conde de Benavente y al marqués de Villena.

El astuto prelado halló medio de congraciarse con el rey en la campaña contra Navarra, en 1512, donde se presentó á la cabeza de 400 hombres levantados á su costa; allí cayó prisionero y fué encerrado en la fortaleza de Salvatierra. Más tarde le veremos siendo campeón de los comuneros.

Por el testamento de D. Fernando, muerto en 1516, quedaba encargado de la regencia el gran cardenal Cisneros; al mismo tiempo don Carlos I mandaba desde los Países Bajos al cardenal Adriano de Utrech; ambos prelados se pusieron de acuerdo para evitar conflictos, y hecha la proclamación en Madrid, dispusieron que las ciudades y villas de voto en Cortes alzasen pendones por D. Carlos. Toro y Zamora se resistieron á cumplirlo, puesto que vivía la reina Doña Juana; pero cedieron ante la tenacidad del cardenal Cisneros, que también consiguió el *alistamiento de gente de ordenanza*, base de la institución del ejército permanente pagado de fondos públicos, que había de acabar con los pequeños ejércitos de los nobles, casi

siempre dispuestos á la novedad por su ambición y rebeldía.

Al año siguiente, llegaba el rey á España rodeado de extranjeros á quienes confiaba los mejores puestos; esta conducta y el desconocimiento de nuestras costumbres y libertades le atraieron muchos descontentos que aumentaron cuando, elegido emperador de Alemania, convocó Cortes en Santiago de Galicia para pedir subsidios con que atender á los gastos del viaje de coronación. Muchas ciudades acordaron enviar mensajeros al rey para exponerle las quejas; éste los recibió en Villalpando, y difirió la contestación hasta Benavente, que por fin no fué satisfactoria: con tales antecedentes iban á reunirse las Cortes de Santiago, en 1520. Zamora nombró procuradores á Bernardino de Ledesma y á Francisco Ramírez, con la obligación de negar todo servicio; pero amenazados de perder la prerrogativa de votar por el reino de Galicia, dieron su voto al rey; no así los de Toro, que con las otras ciudades se resistieron obstinadamente; al fin se aprobó el servicio, y estalló la guerra de las Comunidades.

El pueblo de Zamora corrió amotinado á prender á los procuradores, que ya se habían refugiado en el monasterio de Montamarta, y no hallándoles, prendieron fuego á sus moradas,

que habrían venido al suelo sin la oportuna intervención del conde de Alba de Aliste y de su esposa. En esto llegó Pedro Saco, comunero de Toledo, á poner en armas la ciudad, y le siguieron algunos caballeros, entre los cuales figuraron Juan Porras, que era regidor, Luis de Mella, Pero Mazariegos, alcaide de las torres del puente; Garci López de Porras, García Fernández de Ocampo, regidor, y Hernando de Porras. Entre tanto el conde de Alba de Aliste, alcaide del alcázar, concentraba gente y se fortificaba, y el belicoso obispo D. Antonio Acuña no perdonaba medio de favorecer el movimiento de la comunidad; por fin Zamora envió de procuradores á la Santa Junta, á Hernando Porras, Francisco Pardo y Juan Benito; desde Avila vino el prelado á la cabeza de los suyos, hizo salir del alcázar al conde de Alba de Aliste, obligó á tomar las armas á todos los vasallos de la mitra, y con 400 de sus clérigos se batió bizarramente contra los demás zamoranos que llevaba el conde de Alba de Aliste en la toma de Tordesillas.

Zamora que había abrazado con entusiasmo la causa de la comunidad clavando la veneranda enseña bermeja en el consistorio, convocó á todos sus hijos de diez y ocho á sesenta años á tomar las armas, y dió 100.000



maravedís para las atenciones de la Junta.

Acuña, por su parte, se entró por tierra de Palencia, donde fué aclamado y recibió dinero; tomó el castillo de Fuentes de Valdepero y la villa de Ampudia, y se dirigió á Toledo en seguimiento del prior de San Juan, al que derrotó; se apoderó de la plaza, y cuando Padilla, Bravo y Maldonado caían prisioneros en Villa-

*Perbo y apellan*

*Acuña*



Facsímil de la letra y firma de D. Antonio Acuña.

lar, el obispo, con Doña María, viuda de Padilla, quiso prolongar la guerra, pero siendo inútil la resistencia, huyó disfrazado para internarse en Francia. En el camino le conoció un alférez de los imperiales y se apoderó de él en Villamediana; fué encerrado en el castillo de Navarrete y de allí pasó al de Simancas; trató de huir algunas veces, pero habiendo matado

al alcaide sin poder escapar, fué bárbaramente atormentado por el alcalde Ronquillo y ajusticiado en 23 de Marzo de 1526.

Cuatro años antes había sido publicado el edicto de perdón, en el cual, á pesar de su nombre, se exceptuaban cerca de 300 personas nobles, letrados, eclesiásticos, procuradores y capitanes: 18 de Zamora, 12 de Toro y 4 de Villalpando.

Por entonces dos importantes familias de Zamora, Monsalves y Mazariegos, mantuvieron dividida en bandos la ciudad. Dicese que en pleno concejo, Diego de Mazariegos había dado de golpes á Francisco Monsalves; un hijo de éste, que militaba en Grecia, retó al ofensor, y después de mucho tiempo, cuando los combatientes se hallaban en el campo, Mazariegos confesó su culpa y fué perdonado por Monsalves; entre tanto las casas de ambas familias á uno y otro lado de la plaza se hostilizaban con frecuencia, hasta el punto de que nadie se atrevía á pasar por la plaza, donde creció la hierba, por lo cual se llamó después Plaza de la Hierba.

De Zamora y su tierra salían cada año 200 hombres de armas para las distintas campañas del Emperador; en la de Túnez (1535) guió la hueste Cristóbal González, cronista de la expedición. En América, los zamoranos Alonso Bri-

ceño y Juan de la Torre, fueron de los trece que quedaron sólo con Pizarro al comenzar la conquista del Perú; al lado de Hernán Cortés, en la conquista de Méjico, brillaron Diego Ordaz, Alonso Mercadillo, Diego de Mazariegos, primo del desafiado, y Pedro Arias de Benavides, que fundaron la ciudad de Zamora con el río Duero, en Méjico; otra Zamora en el Perú, y las ciudades de Zamora y Toro en Venezuela y Nueva Granada.

Tranquila pudo entonces dedicarse Zamora al desarrollo de la vida municipal y de la vida científica, y hacer ostentación de sus galas y de su hospitalidad, recibiendo con grandes fiestas al príncipe Felipe II (1551); cuando iban á celebrarse los desposorios de la infanta Doña Juana con el rey de Portugal en Toro (1552); cuando Felipe II fué á casarse con la reina de Inglaterra, y pasó por Villalpando y Benavente, donde fué recibido con no menos agasajo, y más tarde (1556), cuando la ciudad alzaba pendones por el nuevo rey.

Desde el principio de este reinado iniciósela rápida decadencia de Zamora; se rebajaron las atribuciones del Regimiento; se mermaron los fueros y privilegios á tanta costa alcanzados; se impusieron nuevos tributos; se vendieron los oficios y el señorío de las villas, y se arre-

bataban al país millares de brazos para consumirlos en las guerras exteriores.

La hueste zamorana figuró en Gelbes, Orán y Gomera: Francisco Díaz, soldado de Toro, fué el que en el asalto de San Quintín prendió al gobernador de la plaza. Hernán Tello Portocarrero tomó la plaza de Amiens. Diego de Castilla y otros zamoranos de la orden de San Juan se batieron bizarramente en Malta; otros con el duque de Alba en Flandes, y con D. Juan de Austria en Lepanto, y no hubo lucha en que Zamora no estuviese brillantemente representada.

La falta de cosechas en 1595 y en los dos años siguientes trajeron el hambre y la miseria, compañeros inseparables de la peste que diezmó la población en 1596. Para colmo de males, el Duero se salió de cauce varias veces, especialmente en 1597, que fué la mayor inundación que se había visto; un incendio había consumido las Casas Consistoriales, y otro acabó con el magnífico claustro bizantino de la catedral, en 1591; los campos quedaron yermos, anonadada la industria de las lanas y cueros, se perdieron las platerías y murió la imprenta. Ante tamaños estragos los desvelos del Concejo fueron ineficaces para atajar la decadencia.

## VI.

### ZAMORA HASTA NUESTROS DÍAS.

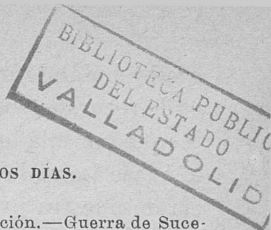
Nuevos desastres y tributos.—Despoblación.—Guerra de Sucesión.—Competencias.—Mejoras en el siglo XVIII.—Artistas notables.—Benéfico reinado de Carlos III.—Síntomas de decadencia.—Guerra de la Independencia española.—Fuerzas zamoranas.—Los franceses en tierra zamorana.—Guerilleros.—Partidos políticos.—D. Juan Nicasio Gallego.—Disturbios.—Primera guerra carlista.—Adelantos modernos.

Comenzaba el siglo XVII con sequías, hambre y epidemias, y á todo esto Felipe III pedía nuevos servicios que la ciudad no podía conceder, haciendo grandes esfuerzos para recibir á los reyes en 1602, cuyas fiestas se repitieron en Toro.

Felipe IV, que desde su proclamación en 1621 se entregó á su favorito D. Gaspar de Guzmán y empezó á perseguir las hechuras de su padre, fué caminando de desastre en desastre, y rara vez dió oídos á las fundadas quejas y peticiones de sus vasallos.

Zamora llegaba á la situación más extrema; la miseria era tan grande en tierra de Sacyago, que pueblos enteros emigraron á Andalucía.

En 1625, el rey apremiaba pidiendo tributos y gente de armas, previniéndose contra los in-



gleses, holandeses, berberiscos y turcos; en busca de recursos, vendió á Galicia el voto en Cortes que por ella tenía Zamora de tiempo remoto; añádase á esto la pérdida de Portugal, que hacía de nuestra provincia teatro de sus agresiones y rapiñas; la insurrección de Cataluña, en que se consumían los escasos recursos de hombres y dinero que dejaban las guerras de Italia y Flandes; nuevas sequía y peste en 1650; el gobierno de D. Luis Nieto de Silva, audaz desvergonzado que cometió todo género de tiranías; los continuos ataques de Portugal en 1654, y se comprenderá que Zamora quedase reducida á 600 vecinos. Los magnates la habían abandonado para derrochar sus bienes en la corte, y su conducta produjo tanto daño como la falta de cosechas y las epidemias. Entre tanto el rey ordenaba la celebración de fiestas en todos los lugares del reino con cualquier motivo, y los regidores hacían verdaderos prodigios para atender á las más apremiantes necesidades de los pueblos.

En tal estado vino á ocupar el trono Carlos II, á la edad de cuatro años, débil y enfermizo, con una regente inhábil y un ministro extranjero y sin talento; era imposible mejorar la triste situación de nuestra provincia, cuyo obispo hubo de retirarse á una celda ante la

imposibilidad de atender á tanta miseria y sostener el decoro de la mitra.

Por testamento del desventurado Carlos II, vino á reinar en España Felipe V, nieto del rey de Francia, produciéndose la guerra de Sucesión, en que España y Francia lucharon contra los demás estados de Europa.

Zamora se mantuvo fiel á D. Felipe, rechazando las ofertas de su rival Carlos de Austria. Ante el peligro de ser atacada por los portugueses, el obispo D. Francisco Zapata organizó un batallón de clérigos; la milicia de Zamora se cubrió de gloria en la toma de Ciudad-Rodrigo, en 1707, y aunque acosada la ciudad por una peste en 1710, sus vecinos, capitaneados por D. Antonio Montenegro, expulsaron á los portugueses de la plaza de Miranda.

Después de la guerra, registranse varias competencias entre el Cabildo y el Concejo, el establecimiento de la capitanía general de Castilla en 1737, y una terrible inundación del Duero en 1739, con lo cual termina el reinado de Felipe V y comienza el de Fernando VI.

En este reinado y en el de su hijo Carlos III aumentó la población, se promovió el cultivo de los campos, se hicieron plantaciones de moreras para la cría del gusano de seda y se instalaron multitud de colmenas; se abrieron

fábricas de paños y de mantas, se rehabilitó algo la joyería y platería, progresaron las artes mecánicas y renacieron las bellas artes. En la pintura se distinguieron Antonio Martín Domínguez y Antonio Villamoro, sobrino de los no menos célebres artistas Santiago y Andrés Villamoro, naturales de Almeida de Sayago; y en la escultura sobresalieron José de Lara y Antonio Tomé (padre é hijo). En tiempo de Carlos III, y bajo su protección, se fundó la Sociedad Económica de Amigos del País y se estableció la Real Academia Militar para ingenieros, que tanto contribuyeron á la cultura y al progreso de la provincia.

Terminó el reinado de este príncipe con una asoladora peste y una inundación del Duero como si estas desdichas anunciasen un nuevo período de decadencia; y en efecto, la debilidad de Carlos IV y su ineptitud para el gobierno nos trajo una guerra con Francia en que la provincia de Zamora se mostró pródiga de sus hijos, y nos arrastró á un pacto que terminó con la guerra de la Independencia.

Zamora fué de las primeras provincias en secundar el movimiento iniciado en Madrid el 2 de Mayo de 1808. El pueblo, acaudillado por el zapatero Jacinto Herrero, invadió el Consistorio y pidió el nombramiento inmedia-



to de una Junta de gobierno, armamento y defensa, que se constituyó bajo la presidencia del gobernador militar D. Juan Pignatelli. En poco tiempo Zamora reunió dos batallones de á 500 hombres, que se llamaron *nacionales y voluntarios de Zamora*. Toro reorganizó el brillante batallón provincial, y Benavente creó un regimiento con este nombre. A los pocos días estas fuerzas fueron derrotadas en Cabezón al mando del general Cuesta, y otro segundo cuerpo de zamoranos fué también deshecho bajo la dirección del mismo desgraciado general.

Un cuerpo de ingleses y portugueses, de los que habían venido á ayudarnos, dejaron en Benavente triste huella de su paso: incendiaron el castillo de los Condes y los almacenes de granos, y trataron á la villa como á plaza conquistada por la fuerza (3 de Enero de 1809).

Cinco días después Monpetit y Lapisse dieron vista á Zamora. Un pelotón de estudiantes temerarios salieron al encuentro y sorprendieron á una avanzada enemiga en Monfarracinos, á 5 kilómetros de la ciudad; pero ésta, indefensa de todo punto, fué tomada el 10 de Enero, y padeció los horrores del saqueo: la misma suerte cupo á Toro. Con esto, las llanuras de Zamora estaban en poder de los franceses, mas no así la parte montañosa; á Puebla

de Sanabria acudían muchos paisanos á engrosar las guerrillas; Carvajales y Alcañices se mantenían libres de la invasión; D. Tomás García Vicente cruzaba la provincia en distintas direcciones y hostigaba con frecuencia al enemigo; D. Lorenzo Aguilar recorría los montes de Toro; D. Juan Delicado señoreaba el mismo partido; D. Jerónimo Saornil operaba con éxito en Fuentesauco; D. Juan Mendieta (*el Capuchino*), D. Antonio Abad, D. Mateo Domínguez y otros guerrilleros, prestaron grandes servicios interceptando correos y asaltando convoyes.

Llegó por fin el año de 1812, y después de ser vencidos los franceses en Toro y en San Pedro de la Tarce, abandonaron á Zamora en 1813, destruyendo la ermita de San Atilano, los conventos de los Descalzos y de San Francisco, robando la biblioteca que este último poseía, despojando la Academia militar y cometiendo sin número de excesos; en Benavente vinieron al suelo seis conventos y 130 casas, y en toda la provincia no quedó ni un camino ni un puente transitable.

Terminada la guerra, los partidos políticos liberales y serviles ó absolutistas turbaron bien pronto la paz y comenzaron las persecuciones contra los liberales. Alcanzaron éstas

al insigne patricio y excelente poeta D. Juan Nicasio Gallego, y no fueron menores los excesos absolutistas en 1823, cuando armaron un motín contra el intendente S. Escudero, por creerle liberal; le arrancaron de su casa, le hirieron de un tiro y de arma blanca, y gracias á la autoridad de los regidores y del obispo, no acabaron con el gobernador; ante semejantes desmanes y las persecuciones que hizo el gobernador D. Alonso Leal, gran parte del vecindario emigró á Portugal.

Diez años se sucedieron sin graves alteraciones, durante los cuales la provincia pudo atender al desarrollo de la agricultura y de la industria, completamente desfallecidas.

Iniciada la primera guerra civil, el guerrillero D. Lorenzo Aguilar levantó una partida carlista, que al poco tiempo fué deshecha y su cabecilla fusilado, así como también se dispersaron otras que habían aparecido en tierra de Aliste, de Alcañices y de Toro.

A la guerra siguieron el cólera y los pronunciamientos políticos con las persecuciones á ellos anejas. Sin embargo, Zamora no tuvo que lamentar las repugnantes escenas que horrorizaron á otras poblaciones de España: la prudencia, la sensatez y la cordura del pueblo zamorano supo evitar grandes desdichas, y en estos

últimos tiempos se ha manifestado potente, aprovechando los intervalos de paz para promover el desarrollo de la industria, el cultivo de los campos y el establecimiento de nuevos centros de enseñanza. Ejemplo de ello tenemos en la apertura del Instituto provincial, al que siguieron círculos y liceos, exposiciones locales, sociedades protectoras del trabajo, el ferrocarril y el canal del Esla, el ensanche mismo de la población, sin que la historia y el arte tengan que lamentar la irreparable pérdida de antiguas y bellísimas construcciones.

Buena parte de estos adelantos los debe Zamora á su ilustre patricio D. Claudio Moyano, que trabajó lo imposible por llevar el ferrocarril á Zamora; y como última prueba de que Zamora ha emprendido una vida de actividad y de progreso, nos ofrece las fiestas del centenario con que honró en 1879 la memoria del insigne vate D. Juan Nicasio Gallego, y cuenta entre sus hijos obreros incansables que trabajan sin tregua para continuar su esclarecida historia, á la cual vuelve los ojos recordando sus mejores días.

# HISTORIA ECLESIAÍSTICA.

---

## EDADES ANTIGUA Y MEDIA.

### I.

#### PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA ZAMORANA.

Predicación del Cristianismo.—Tradiciones piadosas.—San Boal y San Frontis.—Primeros obispos.—San Atilano, sus sucesores.—Fundaciones.—Domingo Yáñez Sarracino.—Sampiro el cronista.—Noticias de la Iglesia zamorana en el siglo XI.

Cuando las fronteras del pequeño reino de Asturias se trasladaron á los márgenes del Duero, y la ciudad de Zamora salía de manos de Alfonso III, bien poblada y asaz fuerte, el valiente soldado y piadoso monarca pensó establecer en aquellas tierras acabadas de conquistar una sede y un pastor que mantuviese, á la vez que el ardor bélico de los moradores, el entusiasmo religioso y la fe de Cristo; mas no se crea que hasta entonces nuestra provincia había permanecido extraña á las glorias del Cristianismo; pues aunque no consta cuándo y quiénes predicaron allí el Evangelio, las tradiciones

piadosas mencionan á Santa Dominica, San Próculo y otros compañeros como los primeros mártires del suelo zamorano, y allá por los años de 175 de la era cristiana, señalan como víctimas de las persecuciones de Nerón á San Efren y relatan el martirio de San Boal ó Baudilio con 62 compañeros, en el Monte de Concejo, en 280 ó 285.

He aquí lo que dice de este Santo el Sr. Fernández Duro:

«San Boal había sido jefe de bandoleros hasta su conversión, que fué ejemplar; con los bienes mal adquiridos fundó un hospital y una barca para pasar el Duero, ejercitándose en fabricar y vender vasijas de barro, cuyo producto destinaba á aquel establecimiento benéfico. Padebió martirio juntamente con su hermana Justa y otros compañeros, y guardadas sus reliquias, se conservan en la iglesia de San Torcuato, estando mencionadas en la tapa de la arqueta que depositó el rey D. Alfonso el Casto en la Cámara santa de la catedral de Oviedo.»

A los primeros siglos de la Iglesia se refiere también la venida á Zamora de San Frontonio ó San Frontis como uno de los primeros apóstoles de la fe cristiana, y sin detenernos en las inseguras noticias que los cronistas consignan acerca del obispado zamorano ó numantino en

tiempo de la dominación goda, pasemos adelante en busca de más sólidos elementos con que trazar el cuadro de nuestra historia eclesiástica.

Algunos cataloguistas suponen que al verificarse la invasión árabe era obispo de Zamora Pedro, al que sucedió el monje Juan, y allá por los años de 819, Esteban, que fué martirizado; citan después á Ranimiro y Antelo y atribuyen á Ordoño I la fundación del monasterio de Távara, que dicen ser el que algunos llaman Santiago de Moreruela.

A principios del siglo X, Alfonso III quiso completar la restauración de Zamora con el establecimiento de la silla episcopal, y aunque la fecha no puede precisarse, es el hecho que llamó para que la ocupase á San Atilano, abad del monasterio de Moreruela, cuyas virtudes le habían dado fama en toda la comarca.

Dícese que San Atilano nació en Tarazona, provincia de Zaragoza; profesó en la orden de San Benito y entró en el monasterio de Sahagún, donde era abad San Froilán, más tarde obispo de León; ambos se dedicaron á fundar monasterios, entre otros el de Moreruela, y de allí salió San Atilano para regir la iglesia zamorana.

Al cabo de algún tiempo, San Atilano dispuso que sus bienes se repartiesen entre los po-

bres y emprendió una peregrinación á los Santos Lugares de Jerusalén. Cuenta la leyenda que al salir de Zamora arrojó su anillo pastoral al Duero, diciendo que hasta volverle á ver no estaría seguro de que Dios le había perdonado todos sus pecados; de regreso se hospedó en las cercanías de Zamora, y el matrimonio encargado del hospedaje de los peregrinos, le entregó un pez para que le abriese mientras ellos preparaban lumbre; entonces el santo encontró en el vientre del pez su propio anillo, y postrándose en tierra, dió gracias á Dios; las crónicas añaden que tañeron solas las campanas, y que avisados los zamoranos por este prodigio de la vuelta de su prelado, salieron al encuentro y le llevaron en triunfo á la iglesia. Continuó el santo gobernando su grey, y lleno de virtudes murió, al cabo de siete años, siendo enterrado en la iglesia de San Pedro, matriz entonces del obispado.

Cítanse como sucesores de San Atilano en el siglo X, á Juan, que se firma obispo de Numancia en algunas escrituras del tiempo de Ordoño II; Dulcidio, cuyo nombre aparece en varios documentos desde 920 á 927, tal vez sea el mismo que figura en el episcopologio de Salamanca y que cayó prisionero en la batalla de Valdejunquera, en 921; Domingo, que firma algu-



nas donaciones en 960 y 968; Juan, que gobernaba la iglesia de Zamora en tiempo de Ramiro III, y por último, Salomón, que extiende su pontificado hasta fin de siglo.

En todo este tiempo, al calor del espíritu cristiano y fervor religioso propios de la época, florecieron fundaciones piadosas como el monasterio de San Pedro de la Nave, brotaron las iglesias de San Salvador, San Claudio y Santiago el Viejo, en Zamora; San Juan de los Vascos, en Toro; el monasterio de San Martín de Castañeda, cerca de Sanabria, y la ermita de Nuestra Señora de los Castellanos, en la Mota, reedificada por el conde Fernán González, después del triunfo de Osma, en 933.

Cuando Almanzor se apoderó de Simancas (981) llevándose cautivos á Córdoba muchos de sus moradores, figuraba entre ellos el acaudalado zamorano Domingo Yáñez Sarracino, el cual, después de haber sufrido horribles suplicios en las cárceles de Córdoba, fué degollado con otros de sus compañeros. Su cuerpo fué traído de Córdoba y depositado en la ermita fabricada al efecto, que hoy se llama de Nuestra Señora de la Peña de Francia.

Contemporáneo de Domingo Yáñez Sarracino fué Sampiro, natural de Zamora, sacerdote virtuoso y diligente cronista, que al ser des-

truída la ciudad por los árabes, huyó á León, donde tenía su corte Bermudo II, el cual le nombró su notario real. Tuvo el mismo cargo en los reinados siguientes de Alfonso V y Bermudo III, en cuyo tiempo fué elevado á la silla episcopal de Astorga (1035). Murió de edad muy avanzada, en 1041, y dejó escrita una crónica muy estimada que comprende desde Alfonso III el Magno hasta Ramiro III.

Poco se sabe del obispado de Zamora en el primer tercio del siglo XI, por haber sido estas tierras teatro de las terribles excursiones de Almanzor. Citase como administrador de la diócesis á D. Gómez ó Gomezano, que algunos creen que fué obispo auxiliar enviado á Zamora cuando la restauración; figura también como administrador ó vicario de la sede zamorana D. Jerónimo Vischio. La vida de este prelado marcha unida á las hazañas del Cid, de quien fué amigo inseparable, especialmente desde la conquista de Valencia; allí ejerció su ministerio pastoral y guerreó con el famoso castellano como soldado valeroso; muerto el Cid, permaneció al lado de su esposa Doña Jimena, los siete meses que ésta sostuvo el cerco de Valencia contra la morisma, pasó después á Zamora, cuya sede estaba vacante desde las excursiones de Almanzor

y muerte del último obispo Salomón, y nombrado obispo de Salamanca (1102), conservó la jurisdicción de Zamora.

A pesar de las calamidades que pasó Zamora en este siglo, se fundaron las iglesias de Nuestra Señora de la Concha, de San Cebrián ó San Cipriano y de Santo Tomé, y nacieron los monasterios de San Miguel y el de Belver ó San Salvador de Villacete, en 1042.

## II.

### LOS SIGLOS XII Y XIII.

Restablecimiento de la sede zamorana.—Pontificado de Don Bernardo.—San Martín Cid.—Fundaciones.—El obispo don Martín y el monasterio de Sahagún.—Competencia con el Concejo.—Fundaciones de aquel tiempo.—Zamoranos ilustres.—Sucesores de D. Martín.—Hallazgo del cuerpo de San Ildefonso.—Ultimos años del obispo D. Suero.—La Virgen de la Hiniesta.—Estado de la iglesia zamorana al terminar el siglo XIII.

Sosegados los reinos cristianos de las revueltas ocurridas durante el reinado de Doña Urraca, Alfonso VII el Emperador consiguió de su tío, el papa Calixto II, el restablecimiento de la sede zamorana y la erección de su iglesia en catedral.

Llamó para ocupar la sede á D. Bernardo, ayo y maestro de la infanta Doña Sancha, que era arcediano de Toledo, y según el padre Fló-

rez, obispo desde 1124. Por institución de Don Bernardo el Cabildo abrazó la regla de San Benito, y vivía en comunidad en celdas que se fabricaron en el claustro; murió el prelado en 1149, dejando grata memoria de su gobierno, no sólo por el celo que demostró en el arreglo de la diócesis, sino porque fundó el barrio de San

Frontis, cuyo nombre le dió en recuerdo de este santo.



Alfonso VII. (Estatueta del siglo XII.)

Por entonces vivió San Martín Cid, natural de Zamora, descendiente del Campeador, y á quien los escritores cistercienses llaman honra de España, escudo de Castilla, gloria de Zamora y orgullo de la religión. Ordenado de sacerdote se retiró á hacer vida solitaria y penitente á un lugar agreste; pero la fama de sus virtudes llegó á Alfonso VII, y éste le mandó fundar el monasterio de Bellofonte, que después se trasladó á Valparaíso.

Al obispo D. Bernardo sucedió Esteban, en cuyo tiempo Alfonso VII y su piadosa hermana Doña Sancha echaron los cimientos de la colegiata de Toro y de la nueva catedral de Zamora, que fué consagrada en 1174; habíale parecido pobre y pequeña la iglesia de San Sal-

vador fabricada por Alfonso III y reconstruída por Fernando I.

Doña Sancha fundó además la iglesia de San Isidoro, el suntuoso monasterio que se levantó entre Toro y Rioseco, é hizo muchísimas limosnas; á ejemplo de los reyes, los magnates hicieron también fundaciones notables; cítanse entre otras el monasterio de Santa Sofía, en Toro, único de canónigas que existe en España, llamado antes de San Miguel de Groxi. En Toro nacieron el monasterio de Santo Tomás Carturiense y la iglesia de Santa María Magdalena, en 1100; el templo de San Leonardo, en Puebla del Valle; el monasterio de San Torcaz, extramuros de Zamora; el de Dueñas de San Bernardo, en Benavente; la iglesia de Távara, el monasterio de Moreruela de Távara y el de Nogales.

A principios del siglo XIII renacieron las antiguas competencias del cabildo y obispo de Zamora con el monasterio de Sahagún sobre la jurisdicción de la villa é iglesias de Belver y otros lugares dependientes de éste, que habían pasado á ser feudos del poderoso monasterio; Sahagún por su parte no perdonaba medios de ensanchar su jurisdicción y pretendía fundar iglesias hasta en Toro; pero la excitación de los ánimos llegó á tal punto, que en 1216

el obispo D. Martín Rodríguez, á la cabeza de gente armada, penetró en Belver, arrasó las tierras del convento, expulsó á los monjes que servían las parroquias de la villa, y puso en su lugar clérigos de la diócesis; semejante escándalo produjo las reclamaciones consiguientes, y por fin el litigio quedó zanjado, cediendo el monasterio de Sahagún parte de los diezmos y conservando las parroquias objeto de la asonada.

Con igual energía defendió el obispo los fueros de la iglesia contra los jueces del Concejo de Zamora, que en 1232 disputaban al Obispo la jurisdiccion en los lugares de Bamba, Sanzoles, Manganeses y en la misma capital, y si la muerte le impidió ver la solución favorable que al pleito dió el monarca en 1278, sus sucesores recogieron el copioso fruto de su conducta.

De este mismo prelado dice el obispo de Tuy que no cesaba de edificar iglesias, monasterios y hospitales, y entre otras fundaciones de su tiempo se citan las de San Martín el Pequeño, Santa Olalla del Burgo y San Miguel de la Cabaña, que ya no existen; las de Santi-Espiritus, el Sepulcro y la primitiva de Santa Marina. Durante su episcopado se levantó también el convento de Santo Domingo, en 1219, que llegó á ser uno de los más ricos de la comarca y pro-

tegió con largueza en 1222 el establecimiento de los caballeros de la Orden teutónica, que tuvieron la posesión de la Mota, Morales de Toro, Benaferces y Griegos, con todos sus términos.

Alfonso IX, como hijo de Zamora, favoreció mucho la catedral, otorgándola privilegios y haciéndole donación en 1205 de ciertas rentas para reedificar el claustro, y su hijo San Fernando, en 1222, fundó el monasterio de Nuestra Señora de Valparaíso, muy cerca del antiguo del mismo nombre, en recuerdo de que allí nació el Santo rey, yendo su madre, la insigne Doña Berenguela, de Zamora á Salamanca.

Vivía por entonces dando pruebas de santidad Fray Gil, abad de San Martín de Castañeda, y florecían los ilustres zamoranos Fray Munio de Zamora, orador elocuentísimo, obispo de Palencia; Fray Juan Gil de Zamora, secretario de San Fernando, á quien los asuntos políticos no impidieron escribir excelentes libros, y Fernando Martínez de Zamora, arcediano de la catedral y notario del rey. Alfonso X le encomendó difíciles cuestiones diplomáticas y se valió de él para la redacción del famoso Código de las Siete Partidas.

Sucedieron al obispo D. Martín, Segundo Segúndez, que celebró sínodo en 1239, en el

cual se redactaron nuevas constituciones para el buen gobierno de la diócesis, y se confirmaron los privilegios de la iglesia zamorana; Don Pedro I, que era familiar de San Fernando, y D. Suero Pérez de Velasco, canciller del rey; de este prelado se sabe que celebró sínodo en Toro en 1255, y en su tiempo se verificó el hallazgo del Sepulcro de San Ildefonso.

Parece ser que el Obispo quiso reedificar ó restaurar la iglesia de Santa Leocadia, que ya existía en tiempo de los godos y que volvió á levantar Fernando I con el nombre de San Pedro; comenzaron las obras, y al abrir los cimientos se encontró, el 12 de Mayo de 1260, una urna de piedra en cuya tapa se leían estas palabras latinas: PATRIS ILLEFONSI ARCHIEPISCOPI TOLETANI, que quieren decir: Del padre Ildefonso, Arzobispo de Toledo.

Aquella caja contenía otra de madera, y ésta los restos humanos del santo arzobispo.

¿Cómo fueron á parar allí las reliquias de San Ildefonso? No se sabe; el hecho es que la muchedumbre invadió el lugar del suceso y se habría repartido las reliquias, sin la vigilancia y actitud del obispo y del cabildo. Con este motivo se formó la cofradía de Camareros de San Ildefonso, en la que se inscribieron las personas de más alta posición; terminadas las



obras, los sagrados restos fueron colocados en una urna de plata, y la caja de madera estuvo mucho tiempo en una pared de la iglesia.

D. Suero vió amargados los últimos años de su pontificado, porque las monjas de Santo Domingo, apoyadas por el convento de frailes de la misma orden, no quisieron reconocerle como prelado; por esta causa produjéronse alborotos, el obispo, con gente de armas, echó del convento á las monjas, metió algunas en las cárceles y quiso hacer partícipes de estos rigores á los frailes protectores de las rebeldes; de todo ello tuvo conocimiento el papa Honorio IV, que emplazó al obispo ante la sede romana. La cuestión pudo zanjarse en tiempo de su sucesor Pedro, mediante la intervención del rey D. Sancho, logrando las monjas el privilegio de gobernarse libremente sin reconocer más prelados que los de su orden.

Corría el año 1290 bajo el episcopado de D. Pedro II, cuando otro feliz hallazgo vino á llenar de fervor religioso al pueblo zamorano.

Moraban en la ciudad los reyes con su hijo D. Sancho, que solía distraer sus ocios en el ejercicio de la caza: salió un día en dirección del pintoresco arroyo Valorio; los perros levantaron una perdiz, y el rey soltó un halcón siguiendo al ave á todo correr de su caballo; la

perdiz se refugió entre unas retamas ó hinietas, y los perros y el halcón quedaron á poco trecho clavados en tierra; sorprendido el rey echó á pie para darse explicación de aquel fenómeno, y encontró que la perdiz posaba al pie de una pequeña imagen de María, ante la cual se arrodilló lleno de recogimiento, y así permaneció hasta que llegaron los de la partida. Hizo llamar al deán de Zamora, encargándole depositara la Virgen de la Hiniesta en la iglesia de San Antolín, mientras se fabricaba una nueva, para lo cual el rey costeó la obra y concedió á la Virgen doce vasallos exentos de todo tributo á la corona. La iglesia se terminó en breve, y á la solemne consagración del templo y traslación de la imagen concurrió toda la corte con grandes muestras de regocijo, y entonces el rey concedió á la ciudad la feria franca que se celebra el segundo día de Pascua de Pentecostés.

Así terminaba el siglo XIII, tan fecundo en títulos de gloria para la iglesia zamorana, que por otra parte se vió robustecida por las muchas fundaciones que en este siglo se hicieron. Entre las más notables se cuentan el monasterio de la Espina, cerca de la Mota de Toro, por el ilustre caballero Martín Alfonso de Alberguerías; el de San Francisco de Toro por el cé-

lebre franciscano Esteban Cuervo; el de San Francisco de Benavente por la reina Doña Violante; el de Santa Clara de Benavente con privilegio de Alfonso X y su mujer Doña Violante; el de Santo Domingo de Benavente, cuya obra puso bajo su protección el infante D. Sancho, y el de San Francisco de Villalpando; el convento de San Ildefonso ó Santo Domingo de Toro, cuya fundación se atribuye á Doña María de Molina; Santa Clara de Toro, edificado por Doña Violante y su hija Doña Berenguela, señora de Guadalajara.

### III.

#### LOS SIGLOS XIV Y XV.

Concilio provincial.—Obispos más notables.—La iglesia y la enseñanza.—Monasterio de Montamarta.—Los estudios de Gramática.—San Vicente Ferrer y la campana fúnebre.—El hereje Alonso Mella.—El voto de Villalpando.—Episcopado de D. Juan de Meneses.—Fray Diego de Deza.—D. Diego Meléndez Valdés.—La Aljama de Zamora.

Ocho prelados ocuparon la sede zamorana en el siglo XIV, durante el cual el clero y los obispos se vieron constantemente solicitados por las distintas banderías, sin que las perturbaciones de la época dejasen en la iglesia tan profundas huellas como en el orden político; en medio de tanta agitación pudieron los obis-

BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO  
VALLADOLID

pos cuidar con esmero de sus ovejas, y puede servir de ejemplo aquel famoso concilio provincial que se celebró en Zamora, en el cual se redactaron las constituciones publicadas en 1313, con disposiciones tan duras para los judíos, que se hacia poco menos que imposible su observancia.

Distinguíéronse entre los obispos de este siglo D. Pedro Gómez Barroso, que hizo la campaña del cerco y toma de Algeciras de 1344. Su sucesor D. Alfonso Fernández Valencia, natural de Zamora y canónigo de su iglesia, que fundó en la catedral la capilla de San Bernardo y levantó en el centro el magnífico sepulcro que había de encerrar su cuerpo, y D. Alvaro, político prudente y hombre de gobierno á quien el monarca castellano encomendó delicadas misiones diplomáticas cerca del rey de Navarra.

Iniciase en el siglo XIV y se acentúa en el siguiente una nueva fase, un nuevo rumbo en la marcha del espíritu religioso y caritativo del pueblo zamorano; disminuye el número de fundaciones monacales, y las cuantiosas rentas que los próceres y acaudalados destinaban á costear las fábricas de los conventos, tienen ahora una aplicación mas humana, tal vez más benéfica al ser invertidas en la dotación de establecimientos de enseñanza, siquiera éstos viviesen en el

claustro y no estuvieran desligados de la influencia eclesiástica.

En apoyo de cuanto acabamos de decir puede citarse la fundación del monasterio de Montamarta (1407), debida al insigne D. Fernando, regidor de nuestra capital é hijo del leal y valiente caballero Ferrán Alonso de Zamora.

Había aquel ingresado en el antiguo convento de Guadalupe; pero al poco tiempo la comunidad se dividió en dos bandos, y el capitaneado por D. Fernando salió del claustro y fuese á establecer en las cercanías de la ermita de San Miguel, donde fabricaron humildes chozas; los rigores del invierno y los desbordamientos del Esla diezmaron á aquellos cenobitas y arrasaron sus moradas, por lo cual D. Fernando consiguió del obispo autorización para trasladarse á una casa que poseía en Montamarta, donde se dedicaron con especialidad al estudio de las ciencias; bien pronto el monasterio adquirió fama por la severidad de sus costumbres y por la sabiduría de sus monjes, y desde el humilde villano que hacía sus estudios al amparo de caritativos bienhechores hasta el encoquetado noble que se honraba de ceñir la espada y manejar la pluma, acudían presurosos á formar su entendimiento en aquellas acreditadas cátedras. De allí salieron el primer prior que

tuvo el monasterio del Escorial y el confesor y compañero en Yuste del Emperador Carlos V. El ilustre fundador de aquella casa había muerto en olor de santidad.

Contemporáneo de D. Fernando fué otro noble caballero y regidor de Zamora, Francisco Valdés, que dejó gran parte de sus bienes para objetos benéficos, con los cuales, mediante la intervención pontificia, se establecieron los estudios de gramática que alcanzaron al siglo pasado y dieron nombre á la actual calle de los Estudios, porque allí se inauguraron.

Salamanca, Valladolid, Toro y Zamora fueron visitadas por San Vicente Ferrer en 1411, bajo el episcopado de D. Diego Gómez de Fuensalida. Los escritores contemporáneos dicen que en las dos últimas ciudades acudían multitud de personas á escuchar su palabra, no sólo de su recinto sino de toda la comarca, y añaden que muchas se convirtieron. Alojábase en Zamora, en el convento de Santo Domingo, uno de los más pobres de la Orden, donde se conserva el púlpito desde el cual predicaba el santo, y como los frailes no tuviesen campana con qué llamar á los fieles á los divinos oficios, el santo les dejó la que él llevaba en sus predicaciones, diciendo: «Ha de servir para cosa de más conveniencia que el coro y el silencio esa

campana.» Y en efecto, á poco de salir el santo de la ciudad, la campana tocó por sí sola anunciando la muerte de un religioso, y siempre que tocaba era la señal infalible que advertía á aquellos monjes el próximo fin de alguno de sus compañeros.

A mediados de este siglo se descubrió en Vizcaya una secta herética iniciada por Fray Alonso Mella, fraile franciscano, natural de Zamora y hermano del obispo Juan Mella; muchos de sus secuaces pagaron sus culpas en la hoguera (1448), y algunos, que con Fray Alonso escaparon á refugiarse entre los moros de Granada, allí encontraron el castigo de sus crímenes. Fray Alonso, desnudo completamente, fué rodeado de un corro de gente que con cañas aguzadas le herían, llenándole de improperios, hasta agotarle la sangre.

A tan triste suceso siguió el voto que hizo Villalpando y su tierra en 1466, de defender como dogma la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Cuatro años después ocupó la sede zamorana D. Juan de Meneses, que celebró sínodo en 1479, erigió la parroquia de San Juan, en Fuentesauco, donde residió mucho tiempo y sostuvo algunas competencias con el Concejo.

Brillaba por entonces el insigne zamorano Fray Diego de Deza, el famoso protector de

Cristóbal Colón, sabio catedrático del convento de San Esteban de Salamanca, confesor de los Reyes Católicos, maestro del príncipe don Juan y uno de los talentos más claros de aquella época de verdaderas notabilidades: sin tomar posesión del obispado de su patria, para el cual fué presentado, ocupó la silla salmantina, en cuya capital estaba el centro de la cultura española. Desde allí continuó prestando gran-

Facsimil de la firma de Fray Diego de Deza, Arzobispo de Sevilla.

dísimos servicios á la monarquía más próspera que se ha conocido, y murió en 1528, electo arzobispo de Toledo. De tan esclarecido varón decíamos en el tomo correspondiente á la provincia de Salamanca: «A Fray Diego de Deza y al convento de San Esteban debe Colón la ejecución de sus planes, y España el descubrimiento del Nuevo Mundo.»

Otro zamorano ilustre ocupó la silla que dejó



por la de Salamanca Fray Diego de Deza; era éste D. Diego Meléndez Valdés, íntimo amigo del papa Alejandro VI, que le confió difícilísimos cargos. Durante su episcopado no residió en Zamora, y cedió todas las rentas de la mitra para atender á las obras de la catedral y del templo de San Ildefonso.

Digamos, para terminar, dos palabras de la Aljama de Zamora, que había alcanzado una importancia extraordinaria por la ciencia de sus rabinos, y era, sin duda, la más rica y notable de Castilla.

En ella se habían refugiado muchos judíos huyendo de las persecuciones que les moviera D. Enrique de Trastámara, tal vez por la protección que les había dispensado su hermano D. Pedro en pago de los muchos servicios de dinero que de ellos recibiera. La opinión pública los señalaba como fautores de crímenes horrendos, como la crucifixión del Niño de la Guardia; en Toro intentaron por dos veces asesinar á dos niños, y los ánimos se excitaron tanto contra la desventurada raza, que los Reyes Católicos creyeron oportuno decretar su expulsión; 30.000 judíos dicen las crónicas que salieron de Zamora, y los bienes de aquella sinagoga sirvieron para costear el segundo viaje de Colón al Nuevo Mundo.

## EDAD MODERNA.

### IV.

#### LA IGLESIA ZAMORANA HASTA NUESTROS DÍAS.

Don Antonio Acuña.—Sus sucesores.—Fundaciones.—Los protestantes en Zamora.—Obispos notables.—Situación de la iglesia zamorana en el siglo XVII.—Diferencias entre los prelados y el Concejo.—Benéfico gobierno de D. Francisco Zapata.—Sus sucesores.—El seminario Conciliar.—El obispado de Zamora en este siglo.—Estado actual de la diócesis.

Carácter en el cual anduvieron mezcladas las grandes dotes y las grandes flaquezas, llama al obispo Acuña un historiador de Zamora: no incumbe á este libro hacer un juicio crítico de esa personalidad extraordinaria, tan debatida por historiadores y biógrafos; lo más culminante de su vida queda relatado al hablar de la guerra de las Comunidades, y sólo añadiremos para cerrar esta mención, que D. Antonio Acuña, por el temple de su espíritu, más parece uno de aquellos altivos é indomables soldados que esparcieron el terror por Italia y Flandes, que un humilde prelado llamado á predicar con el ejemplo la paz y la caridad cristianas.

A tan inquieto pastor sucedió D. Francisco de Mendoza, que ya había administrado la dió-

cesis durante la prisión del obispo Acuña, cuya tarea no le impidió tomar parte activa en los asuntos públicos desde la presidencia del Consejo de la Emperatriz, cargo de confianza á que le elevaron los emperadores.

Trasladado á Palencia en 1536, ocupó la sede D. Pedro Manuel de Castilla. En los diez años que duró su episcopado vió erigirse el convento de San Jerónimo, donde se establecieron los estudios de Filosofía y Teología con el apoyo del Concejo; se levantó también el de San Jerónimo de Benavente; se fundó el monasterio de Nuestra Señora de Belén; el de Agustinos y Carmelitas descalzos en Toro, y el de San Francisco en Alcañices.

Gobernaba la iglesia zamorana el ilustrado obispo y teólogo del concilio tridentino D. Antonio del Aguila al ser proclamado rey Felipe II, con cuyo hecho coincide la aparición en España de la herejía protestante. Dada la proximidad de nuestra provincia á Valladolid, donde el Doctor Cazalla tenía su centro de propaganda, no costó mucho trabajo á los innovadores hacer prosélitos en la tierra zamorana, y muy especialmente en Toro, donde predicaba la herejía D. Carlos de Sesso, caballero que había sido corregidor de la ciudad. Seguían á este D. Juan de Ulloa Pereira, caballero de San

Juan de Jerusalén é hijo de los señores de la Mota; el bachiller Antonio Herreruero y su mujer Doña Leonor de Cisneros, famosos ambos, el uno por su sabiduría y la otra por su discreción y hermosura, y otros personajes de elevada alcurnia.

Descubierta la herejía y terminado el proceso, verificáronse en Valladolid los tremendos autos de fe de 1559 y 1569 (1) en los cuales padecieron la pena quince hombres y once mujeres del territorio zamorano.

A tan lamentables sucesos siguieron la sequía, la falta de cosechas, el hambre y la peste, ofreciendo ancho campo á la caridad inagotable de nuestros prelados. En esta situación terminaba el siglo XVI bajo el episcopado del célebre historiador Prudencio de Sandoval, que no llegó á residir en Zamora. Pero antes de pasar más adelante, dediquemos un recuerdo al generoso obispo D. Diego de Simancas, que dejó á la ciudad gran parte de su peculio para la creación de la Alhóndiga; á D. Juan Ruiz de Agüero, que celebró sínodo en el cual se redactaron sabias constituciones para el buen gobierno del obispado, y dediquémosle también muy grato á la estancia en Toro de la seráfica vir-

---

(1) Véase el tomo de Valladolid de esta misma colección, págs. 82 y 83.

gen y doctora mística Santa Teresa de Jesús, gloria de España y de la Iglesia Católica.

Con el siglo XVII empiezan en Zamora aquellas lujosas fiestas, unas por motivos religiosos y otras por asuntos políticos, en las que se gastaron los pocos fondos del vecindario y de las parroquias. En esta centuria pretendieron los Jesuitas, establecerse en la ciudad, pero no lo consiguieron, por la constante oposición de los prelados y del cabildo. La falta de recursos hizo refundir en uno los hospitales de Toro, y por igual motivo se paralizaron las obras de restauración de templos y escasearon las fundaciones piadosas. Sin embargo, en medio de tanta penuria, y como prueba evidente de que el espíritu religioso no mermaba, nació la cofradía de Jesús Nazareno; se fundaron los hospitales de San José en Benavente y el de la Encarnación con los donativos de los hermanos Pedro é Isidro Morán Pereira: se fundó también el convento de la Concepción con las rentas del valeroso capitán D. Diego López Castañón y mejoró notablemente la situación del abatido hospital de Sotelo, merced á las cuantiosas limosnas de D. Miguel Medrano y Don Francisco Docampo, y, finalmente, se celebraron solemnes fiestas, primero para hacer entrega de una reliquia de San Atilano á Tarazo-

na, su pueblo natal, y otras al monasterio de Moreruela: después para festejar la canonización de San Fernando en 1671, y por último, con motivo de la traslación de las reliquias de San Cucufate.

A las obras de reparación y construcción de templos contribuyeron los obispos D. Juan Astorga de Rivero, que puso la primera piedra del convento de franciscanos descalzos, y don Alonso Salizanes (zamorano y obispo de Oviedo) que ayudó la fábrica del convento de las descalzas, dotó al de la Concepción y dejó parte de sus rentas para costear la carrera á estudiantes pobres.

Menudearon también en este siglo las cuestiones de etiqueta entre el prelado, el cabildo y el ayuntamiento por el lugar que cada uno debía ocupar en las fiestas religiosas y en las procesiones, hasta que fué necesaria la intervención del Consejo Supremo de Castilla, recomendando la buena armonía entre las corporaciones.

Al terminar el siglo XVII era obispo de Zamora D. Fernando Manuel y Mejía, sabio catedrático de la Universidad de Salamanca, á quien sucedió en breve D. Francisco Zapa, entusiasta partidario de Felipe V, en favor del cual armó á su costa el batallón de clérigos. Su largo pontificado fué fecundo en obras piado-

sas, y gracias á su proteccion, los jesuitas pudieron establecerse en la capital, no sin vencer grandes resistencias del Cabildo y de las corporaciones religiosas.

En tiempo de este obispo renacieron las antiguas cuestiones de etiqueta, hasta el punto que el Ayuntamiento asistia á las procesiones, y al llegar á la catedral se retiraba. Ocurrió por entonces (1718 y 1719) que se hacia necesaria una reparacion en la iglesia de San Ildefonso, y como por ningun medio pudieran allegarse fondos para tan piadoso objeto, el venerable prelado mandó al Ayuntamiento su báculo, á fin de que le vendiese y aplicase su importe á las obras.

Entre sus sucesores se distinguieron por su liberalidad y desprendimiento su sobrino don José Gabriel Zapata, que hizo muchas obras de caridad, y D. Isidro Alonso Cabanillas, que reedificó el palacio episcopal y aplicó las rentas de la mitra en beneficio de los conventos y de los pobres.

En 1767, cuando apenas habia tomado posesion de la sede zamorana D. Antonio Jorge Galván, la expulsion de los jesuitas trajó para Zamora la pérdida del Seminario, y con ella la de maestros y libros para continuar los estudios que aquéllos daban; pero el Ayuntamien-

to y los particulares vencieron los obstáculos que se ofrecían para restaurar los estudios, quedando establecidos en la misma casa de la Compañía en 1768. En aquel mismo año salió de Zamora el celoso prelado para ocupar la metropolitana de Granada, no sin antes celebrar sínodo, dejando á la diócesis un código de moral y buen gobierno, digno de ser conocido.

Sucedióle D. Manuel Ferrer y Figueredo, que fundó el Seminario conciliar, dotado con 100 ducados que antes se daban á los frailes dominicanos por la enseñanza de la gramática, y otros varios emolumentos de fundaciones piadosas.

Su sucesor, D. Angel Molinos, adquirió nombre como catedrático de Valladolid, y D. Ramón Falcón de Salcedo dejó grata memoria por haber organizado el Seminario y favorecido sus enseñanzas.

La iglesia zamorana ha tenido que lamentar en nuestros días el establecimiento de los protestantes en Villaescusa, si bien la población en su mayoría continúa profesando el Catolicismo; pero aquel contratiempo se vió poco después compensado con la instalación de los escolapios en Toro, que llevaron á la provincia nuevos elementos de cultura y nuevos defensores de la pureza de la fe.

Por último, como prueba de que en el terri-



torio zamorano no ha decaído el espíritu religioso y se mantiene vivo el entusiasmo por sus viejas y piadosas tradiciones, debemos consignar que aún funcionan antiquísimas cofradías; que la ciudad y el vecindario han empleado cuantiosas sumas para reparar y hacer nuevas imágenes, á fin de conservar la ostentación y grandeza de las procesiones de Semana Santa, y todavía quedan devotos zamoranos que restauran iglesias y levantan templos tan hermosos como el de Villalazán, inaugurado en 1886.

Respecto á la organización actual de la diócesis, véase el siguiente cuadro, hecho con los últimos datos oficiales:

ARCIPIRESTAZGOS.	PARROQUIAS.
Zamora.....	43
Alba.....	46
Aliste.....	38
Castro nuevo.....	7
Fermoselle.....	3
Fresno.....	47
Fuentesaúco.....	9
El Pan.....	47
Toro.....	42
Valdejema.....	34
Villalar.....	9
Villardiegua.....	49
Villavellid.....	44
TOTAL.....	262

## CATALOGO

### DE LOS OBISPOS DE ZAMORA.

San Atilano, murió en 919.—Juan, hasta 926.—Dulcideo, 947.—Domingo, desde 959 á 968.—Juan, 983.—Salomón, 986.—D. Gómez ó Gomezano, dudoso.—Jerónimo, 1124.—Bernardo, 1149.—Esteban, 1174.—Guillermo, 1191.—Martín Arias, 1210.—Martín Rodríguez, 1237.—Segundo Segúndez, 1238.—Pedro, 1254.—Siero Pérez Velasco, 1286.—Pedro, 1302.—Gonzalo Rodríguez Osorio, era obispo en 1310.—Rodrigo, hasta 1339.—Pedro Gómez Barroso, 1351.—Alonso Fernández de Valencia, 1365.—Martín Acosta, 1371.—Álvaro, 1395.—Alonso Ejea, 1403.—Juan.—Alonso Illescas, 1413.—Diego Gómez de Fuensalida, 1426.—Martín de Rojas, 1428.—Pedro Martínez, 1438.—Juan de Mella, 1458.—Rodrigo Sánchez Arévalo, 1470.—Juan de Meneses, 1494.—Alonso de Valasa, electo.—Fray Diego de Deza, 1496.—Diego Meléndez Valdés, 1506.—Antonio Acuña, 1526.—Francisco de Mendoza, 1536.—Pedro Manuel de Castilla, 1546.—Antón del Águila, 1560.—Álvaro de Moscoso, 1564.—Juan Manuel de la Cerda, 1572.—Rodrigo de Castro, 1576.—Diego de Simancas, 1583.—Juan Ruiz de Agüero, 1595.—Fernando Suárez de Figueroa, 1608.—Pedro Ponce de León, 1615.—Juan de Zapata Osorio, 1621.—Juan Martínez de Peralta, 1624.—Plácido Tosantos, 1624.—Juan Roca Campofrío, 1626.—Juan Pérez de la Serna, 1631.—Diego de Zúñiga y Sotomayor, 1637.—Juan de la Torre y Ayala, electo.—Juan Coello de Rivera, 1649.—Antonio Payno, 1658.—Alonso de Liaño, electo.—Alonso de Sanvitores, 1660.—Pedro Gálvez, 1662.—Lorenzo de Zúñiga y Sotomayor, 1664.—Antonio Castañón, 1668.—

Dionisio Pérez Escobosa, 1671.— Juan de Astorga Rivero, 1679.—Alonso de Valmaseda, 1684.—Antonio de Vergara, 1893.—Fernando Manuel Mejía, 1702.—Francisco Zapata Vera, 1720.—José Gabriel Zapata Vera, 1727.—Jacinto Arana, 1739.—Cayetano Benítez de Lugo, 1739.—Onésimo de Salamanca, 1752.—Jaime Cortada, 1753.—José Gómez, 1754.—Isidro Alonso Cabanillas, 1766.—Antonio Jorge Galván, 1768.—Manuel Ferrer y Figueredo, 1785.—Angel Molinos y Tovar, 1786.—Antonio Piñuela Alonso, 1793.—Ramón Falcón de Salcedo, 1803.—Joaquín Carrillo Mayoral, 1810.—Pedro Igüanzo, desde 1815 á 1824.—Tomás de la Iglesia y España, 1834.—Miguel José de Irigoyen, desde 1848 á 1850.—Rafael Manso, 1862.—Bernardo Conde y Corral, 1880.—Tomás Belestá Cambeses, desde 1881.



# HISTORIA MONUMENTAL.

---

## I.

### EDIFICIOS CIVILES.

Aspecto de la población.—El puente.—La muralla.—Palacio de Doña Urraca y puerta de Zambranos.—Casa del Cid.—Campo de la verdad.—El castillo.—El Ayuntamiento.—La Diputación.—Establecimientos benéficos y de enseñanza.—Otras casas notables.

La perla del siglo XII, como han llamado á Zamora algunos historiadores, se tiende majestuosa sobre el declive de unas cuevas que bajan hacia el Oriente y terminan á Occidente en quebradas rocas y precipicios; del lado opuesto el Duero, que le sirve de espejo, los arrabales, que aumentan sus proporciones, las frondosas alamedas de sus cercanías y las cúpulas de sus templos dominando el paisaje, forman un todo apacible, no exento de bellezas y encantos naturales.

No es Zamora la ciudad populosa que se agita en la vida del tráfico y en el movimiento

industrial; ni el ruido característico de los centros fabriles ni el ir y venir de los negociantes turba la calma de aquella ciudad, que en los últimos años de la presente centuria, permanece fiel á sus viejas tradiciones y añejos usos; de vez en cuando el estridente zumbido de las campanas de algún convento, de alguna de las infinitas parroquias ó del hermoso templo catedral, anuncia al zamorano la hora de los ejercicios devotos, de la oración y del recogimiento, recordando al viajero aquellos tiempos en que ciudades y campiñas eran un yermo sembrado de monasterios y ermitas humildes habitadas por fervorosos monjes.

Si á todo esto se añade el guerrero aspecto de sus murallas y el tinte obscuro de que el tiempo ha barnizado sus monumentos, no será difícil imaginarse la ciudad de los siglos medios con su aparato militar, con su entusiasmo religioso y con un cúmulo de poéticas leyendas encarnadas en cada piedra de sus muros, en cada imagen de sus templos, hasta en sus mismas veletas.

Empero, no adelantemos nuestras impresiones y síganos el curioso, para observar una serie casi interminable de notabilidades y recuerdos.

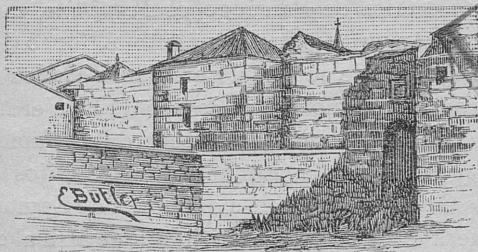
Comienzan éstos en el Puente mutilado por la

acción del tiempo y las vicisitudes de los siglos: ya no mantiene las trescientas almenas que le atribuyó Méndez Silva, ni aquellas famosas torres que fueron la llave de la plaza y el más firme baluarte de los Reyes Católicos, dejando como en testimonio de su existencia las dos puertas ó portales, construída la una á mediados del siglo XVI y decorada la otra en 1617; resta aún un informe torreón con empezado chapitel y una veleta giratoria que representa la fama en actitud de pregonar las glorias zamoranas, á quien el pueblo conoce por el nombre de *goberna*, y la musa popular ha inspirado en ella ingeniosos cantares, comparándola con la veleta no menos célebre de la torre de San Juan, llamada *Pero Mato*. El Puente da paso á las aguas por diez y seis arcos ojivales que descansan sobre fuertes pilares ó estribos, los cuales llevan en la parte superior aberturas proporcionadas para dar más ligereza á la construcción; la fábrica actual data del siglo XIV, en cuya centuria (1310), una crecida se llevó el antiguo, del cual pueden verse algunos restos.

A uno y otro lado del Puente extiéndese la muralla con su almenaje completo en algunos sitios y sus nueve puertas, incluso dos portillos, unas que fueron abiertas conforme á las leyes de la estrategia y otras para comodidad

del vecindario: fuera del recinto quedan agrupándose en semicírculo de Noroeste á Sur los barrios de San Lázaro, Sancti Spiritus, Olivares, Cabañales y San Frontis, tan antiguos como los que quedan al Este, que antes se llamaban Puebla del Valle.

En la parte más alta de la ciudad distínguese todavía el primitivo recinto con muchísimos



Muralla y pórtico de la casa de Doña Urraca.

recuerdos del famoso cerco; allí encontrará el curioso las venerables ruinas del palacio de Doña Urraca, que al decir de algunos historiadores, constaba de 300 pies de frente, 100 de altura y 25 de diámetro; contigua al histórico palacio está la puerta de Zambranos de la Reina, con doble arco de medio punto, flanqueada por dos robustos cubos sin almenaje, y so-

bre cuyo ingreso se colocó el busto de la Reina con los versos del romance que empieza:

Afuera, afuera, Rodrigo,  
El soberbio castellano.

Más adelante junto á la puerta del Obispo se ve parte de la fachada de la casa del Cid, que mejor debiera llamarse de Arias Gonzalo, porque con él se crió y vivió el Campeador, que, según la tradición, fué armado caballero en la vecina ermita de Santiago el *Pequeñino*, donde también prestó su juramento Alfonso VI, sin perjuicio de reiterarlo en Santa Gadea de Burgos; y, por último, el Campo de la Verdad, hoy sembrado de viñedos, recuerda el famoso reto y el combate y muerte de los hijos de Arias Gonzalo en defensa del honor de Zamora.

Fuera del histórico castillo que se alza al extremo Occidente y convertido durante la primera guerra carlista en ciudadela, pocos edificios civiles merecen el nombre de monumentos, ni puede ser de otra manera en una población que floreció en una época en que la religión absorbía toda la vida artística de España.

La casa de Ayuntamiento ocupa el testero de la plaza; pero su fachada, con pórtico bajo y galería alta entre dos torres, nada tiene de primorosa. La Diputación se acaba de levantar y tiene algunos frescos muy buenos. El palacio



episcopal presenta sólo el desahogo de sus habitaciones y sus pintorescas vistas sobre el río.

De los hospitales, el de hombres está situado en el centro de la ciudad, y ofrece sólo su vasta área y su buen servicio; el Hospicio, que se halla enfrente, fué palacio del duque de Alba, y adorna sus cuadradas ventanas con góticas molduras; la cárcel y el teatro llenan las exigencias de su destino. El Instituto provincial ocupa el exconvento de la Concepción, y hospeda en él la Biblioteca provincial y el Museo recientemente formado, las Escuelas Normales se distinguen más que por sus edificios por los brillantes resultados que obtienen en la enseñanza, y el Seminario conciliar, con su hermosa fachada de sillería, ocupa el antiguo colegio de Jesuitas.

Entre las casas particulares merecen un recuerdo la del marqués de Villagodio, donde según la tradición vivió San Atilano; está unida por botareles á la vieja parroquia de San Pedro, y conserva una anchurosa puerta con adornos góticos y una bellísima ventana del mismo gusto.

Finalmente, la de los Momos despliega en la plaza de la Hierba su artística fachada con ancha puerta de dovelas y grandes ventanas en el segundo piso, profusamente decoradas con

todas las galas propias de la gótica decadencia; dícese que en ella vivió el bueno de Francisco Monsalve, maltratado por su pariente Mazariego, con los cuales empezó en Zamora aquella sangrienta rivalidad de las dos familias, en la cual inspiró D. Antonio de Zamora las poéticas escenas de su comedia *Mazariegos y Monsalves*.

## II.

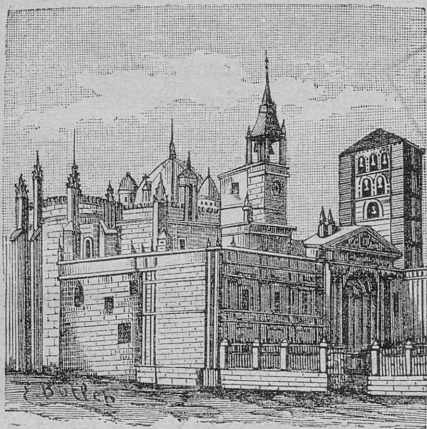
### MONUMENTOS RELIGIOSOS.

La Catedral.—Rápida ojeada sobre sus bellezas.—Parroquias y conventos.

Al siglo XII remonta su construcción la venerable catedral de Zamora, terminada en 1174; pero su fábrica actual presenta diversos tipos de arquitectura: á la primera época corresponde el airoso cimborrio flanqueado por redondos cubos perforados de ventanas que, enlazándose con las del cuerpo central, forman una especie de galería cuya ligereza es comparable á los góticos calados; la media naranja, partida por labrados radios, y los redondos chapiteles de los cubos laterales, perdieron su rica cubierta de escamas por una innoble capa de yeso que sobre ella tendieron modernamente, ofreciendo al espectador el ingrato aspecto de enormes calvas.

La cuadrada torre, con sus salientes macho-

nes y sus tres órdenes de ventanas, conserva todavía el majestuoso é imponente aspecto de fortaleza y contribuye no poco á la severidad y grandeza de la puerta del Obispo. Abrese ésta frente al palacio episcopal, y es una de las joyas más preciadas del arte romano-bizantino; forman la artística portada cuatro columnas por



Catedral de Zamora.

lado, de corto y grueso fuste, con capiteles ornados de abultadas hojas que sostienen otros tantos arcos decrecentes, lobulados y guarnecidos de colgadizos; flanquéanla arcos con preciosos relieves, el uno representando á la Virgen con el Niño y el otro dos figuras que pare-

BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO  
MADRID

cen representar á San Pedro y San Pablo; sobre éstos se ven dos estrellas lobuladas semejando claraboyas, y encima del ingreso una galería de simuladas ventanas bizantinas. Encierran esta portada dos altas columnas de anchas estrías y capitel almenado, á cuya altura avanza una preciosa cornisa que continúa á lo largo de las naves, interrumpida sólo por los contrafuertes que sirven de marco á la fachada, la cual remata por un tercer cuerpo con arco y ventana centrales y dos laterales de la misma traza. El aspecto de la catedral por esta parte en nada desmerece de sus hermanas, las de Salamanca y Ciudad-Rodrigo.

Al estilo gótico florido corresponde la cabecera del templo, reforzada por estribos y coronada de calado antepecho deafilgranados crestones.

La fachada principal es del Renacimiento y se extiende delante de espaciosa verja. La puerta está formada por un arco greco-romano con columnas corintias y un ático triangular con cuatro pirámides por remate; en el fondo se destaca la imagen del Salvador, titular de la iglesia, y avanza la moderna torre del reloj en extraño contraste con el artístico cimborrio.

En el interior del templo domina el gusto bizantino; la pequeña ojiva que se desenvuel-

ve en los arcos de comunicación y en las bóvedas indican el arte gótico; pero la robustez de los pilares, las rudas almenas de sus capiteles, las proporciones de las naves y la austeridad del conjunto cuadran perfectamente al carácter de las construcciones bizantinas.

Lo más hermoso es sin disputa el cimborrio, que luce la esplendidez de sus diez y seis ventanas, la gracia de su torneada circunferencia y la gentileza de sus arcos, que arrancan de bien labrados capiteles.

La capilla mayor, reedificada en los últimos años del siglo XV, se distingue por su pronunciado estilo gótico, por sus agudas ojivas y por la crucería y aristas doradas de sus bóvedas; entonces se decoraron también interiormente las puertas del primitivo crucero, la una con calados colgadizos de grifos y candelabros, la otra con hojas de cardo y de pámpanos muy delicadas; pero el retablo, como vaciado en el molde de Ventura Rodríguez, arquitecto del siglo XVIII, no se aviene con el gusto de la capilla, por más que brillan en él columnas de rosado jaspe con capiteles dorados y el medallón principal representando, en mármol de Carrara, la transfiguración del Señor.

Junto á un pilar de la reja del presbiterio yace el insigne catalán y conde de Zamora, don

Ponce Cabrera; su estatua con armadura ora de rodillas sobre una peana que lleva un epitafio laudatorio.

A expensas del obispo D. Diego Meléndez se forjaron las primorosas rejas de la capilla mayor y las del coro, donde campean las armas del desprendido diocesano. Con sus bienes se tallaron, dícese que por Francisco de Villalpando, la sillería del coro; fecundo y alegre debió ser el genio del artífice á juzgar por las escenas satíricas y las caricaturas que llenan los brazos y respaldos de las sillas, pero su habilidad no debió ser menos grande que su picaresco ingenio; las estatuas que coronan la sillería alta y los aéreos pináculos de la silla pontifical y las dos contiguas á la entrada, sobrepujan á toda ponderación y pueden competir con las más famosas tallas del siglo XVI.

Parecidas galas despliegan tres arcos en el trascoro, los del extremo cobijando dos puertas, el del centro una pintura en tabla, donde lecciones de bienaventurados adoran al Salvador.

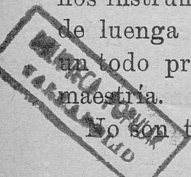
Entre las capillas del templo merece el primer lugar la del cardenal Mella, hijo y prelado de Zamora, que la fundó; consta de dos bóvedas de rica crucería, y en los muros y en el retablo de la derecha figuran bellísimos pasajes de la vida de San Ildefonso; en las tablas del

segundo cuerpo del retablo se representa el Calvario, el Bautismo de Jesús y la degollación de San Juan Bautista, todas ejecutadas con la maestría y la destreza que animaron siempre el pincel de Fernando Gallego; hay en ella muchas sepulturas, sobre las que se descata por sus bellezas la de Juan Romero, dignidad maestreescuela de la catedral, cuya imagen se ve orando frente á la Virgen, y al pie de la cual juguetean lindos perros.

La de San Juan Bautista fué erigida á principios del siglo XVI por el canónigo Juan de Grado, cuyo busto se alza sobre la urna de alabastro; vestido de casulla primorosamente bordada.

Donde más luce sus galas la escultura es en la hornacina superior, dispuesta á modo de retablo. El arco, guarnecido de gentiles colgantes, afilegranados botareles, las imágenes de San Pedro y San Pablo, las figuras, cada una con su repisa, que sobre el arca representa el Calvario; los ángeles que recogen en cálices la sangre del Redentor, los que llevan en sus manos instrumentos de la pasión, y el anciano de lengua barba que ocupa el nicho, forman un todo primoroso de incomparable gracia y maestría.

No son tan buenos los tendidos bultos de



canónigos que se encuentran en la capilla de San Miguel, ni los objetos artísticos que pueden verse en las demás capillas, incluso la sacristía: conserva ésta algunos buenos cuadros, pero su joya es la preciosísima custodia gótica; sutil y mágico conjunto de arbotantes, agujas y doseletes, como la llama un escritor moderno.

El claustro del Renacimiento, que sustituyó al devorado por las llamas en 1591, nada ofrece de particular.

De las parroquias figura en primer término la de San Pedro, que se gloria de poseer los restos de San Ildefonso y San Atilano; de la antigua fábrica apenas hay vestigios, y sólo quedan algunas sepulturas de bienhechores del templo.

La parroquia de Santa María la Nueva, que ya se llamaba así hace siete siglos, conserva todavía aquella puerta lateral con arco de herradura, el ábside torneado y revestido de arcos semicirculares, de columnas aisladas y de molduras ajedrezadas; en el interior descubre apuntadas bóvedas, y guarda una antiquísima pila bautismal esculpida alrededor con figuras en sendos nichos.

La Magdalena es la fábrica más completa que dejó en Zamora el arte bizantino, y en verdad



que pocos templos como él se hallan en lugar tan despejado para lucir con libertad su galanura. Sus robustos contrafuertes, sus variados canecillos, sus ventanas de medio punto partidas por grueso pilar en dos ojivas, sus claraboyas bordadas de calados círculos, su gallardo ábside y su truncada torre, en nada se apartan de aquel venerable estilo de majestuosa severidad que se manifiesta con todo su esplendor en la graciosa y delicada puerta del templo. En el interior de la iglesia llamará la atención del viajero un magnífico sepulcro; cúbrele un pabellón coronado de aspilleradas torres que se alza sobre cinco columnas estriadas, en cuyos capiteles se ven esculpidos fantásticos grupos de esfinges y dragones; sobre la cubierta del féretro se advierte una labrada cruz y una tosca efigie yacente vestida con armadura; más arriba se ve el alma de aquel desconocido caballero, tal vez templario, llevada por dos ángeles y acompañada por otros dos que agitan incensarios.

La parroquia de San Isidro, próxima á la catedral, combina el portal apuntado con la ventana de medio punto.

La de San Juan ha perdido mucho en las reparaciones, pero conserva su antigua torre con la famosa veleta denominada *Pero Mato*, que representa un ginete armado á la usanza del

siglo XVI, con visera calada y tremolando la enseña de la ciudad; el reloj de esta iglesia es el que se soltaba para celebrar grandes fiestas ó anunciar extraordinarios acontecimientos, acompañado de la *queda*; de aquí el adagio: *fiesta zamorana, reloj y campanada*.

La parroquia de San Vicente ofrece al espectador un portal románico que puede competir en gracia y hermosura con el de la Magdalena, y su antigua torre con moderno remate y tres órdenes de ventanas ojivales.

La de San Andrés fué posesión de los jesuitas; su arquitectura pertenece al Renacimiento, y conserva un magnífico sepulcro de alabastro cuajado de labores platerescas; sobre la tumba ora arrodillada la estatua del honrado caballero D. Antonio Sotelo, reedificador del templo, haciéndose rodear de los restos de sus antepasados, que sacó de sus antiguas sepulturas.

La de San Cipriano conserva poco de su antiquísima labra, y puede decirse que en ella domina el gusto gótico, incluso en la entrada del presbiterio, aunque descansa en románicos capiteles.

La de San Leonardo luce su bizantina torre de agudo chapitel.

La de Santa María de Horta fué de los templarios y después de los hospitalarios, y man-

tiene en su adusta torre la severa puerta semicircular y otros miembros arquitectónicos de la pasada edad.

La de Santo Tomé revela su antigüedad en el arco de la capilla mayor, en sus columnas y hojas ajedrezadas, y en los arcos de herradura correspondientes á las naves laterales.

La de San Salvador de la Vid, llamada así para distinguirla de la catedral, es tan antigua como la anterior, y lo demuestra su vetusta torre perforada de ancho ventanaje.

La de Santiago es otra de las joyas bizantinas de Zamora, y se halla en el más perfecto estado de conservación.

La de San Torcuato se construyó en el siglo XVII y conserva las reliquias del mártir San Baudilio.

La de San Claudio tiene un artístico portal de fustes entretejidos, caprichosos capiteles y arquivoltas sembradas de perros y leones, casi cegadas por una capa de cal, que á título de aseo tendió sobre ellas el mal gusto.

Hay en Zamora otras iglesias, como San Bartolomé, San Antolín, Santa Lucía, Sancti-Spiritus, El Sepulcro, San Frontis y San Lázaro: esta nos presenta un ábside, aquella una torre, la otra una portada: todas, vestigios de su antigua existencia llenos de recuerdos, y

que apenas aguantarían el peso de tantos siglos, si reformas posteriores no las mantuviesen en pie. Esto sucede, por regla general, con los conventos: los que escaparon de la ruina en la guerra de la Independencia y sobrevivieron á la exclaustración, se han vestido á la moderna, y á falta de motivos artísticos, se esfuerzan en perpetuar con inscripciones su antiquísimo origen y el nombre de sus ilustres fundadores.

### III.

#### OTROS MONUMENTOS DE LA PROVINCIA.

Toro.—Su caserío.—La Colegiata.—Parroquias y conventos.—Aspecto de Benavente.—Santa María del Azogue.—Palacio de los Condes.

Casi todos los escritores de Zamora han señalado entre ésta y su hermana Toro semejanzas de fisonomía y de relaciones históricas; ambas nacieron en la misma época y junto al mismo río; ambas se fortificaron con belicoso castillo; ambas se dieron magnífico templo; ambas se coronaron de multitud de cúpulas y veletas, de aristocráticos palacios y moradas regias; sin embargo, Toro lleva la ventaja por su deliciosa vega, disfrutando de incomparable perspectiva desde el paseo del Espolón.

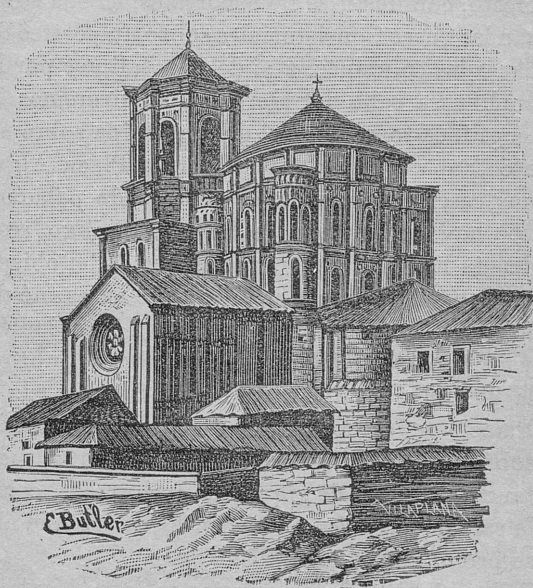
Todavía pueden verse restos del primitivo

recinto, y á trechos se descubren lienzos de muro, algunos torreones y las seis puertas muy reformadas. El caserío revela su antigua importancia; la Plaza Mayor sirve de paseo cubierto, con dos filas de soportales; en ella se alzan las Casas Consistoriales sobre un pórtico de pareadas columnas, y si de ella salimos por la anchurosa calle del Mercado, admiraremos la magnífica torre del Reloj, construída sobre un arco, tal vez antigua puerta de la Plaza. Algunos caserones reciben el nombre de palacios; dos hay en la plaza de Santo Domingo, residencia habitual de los monarcas, el del obispo de Zamora y el de Alcañices, que antes fué de los nobilísimos Fonseca; frente á San Julián yace ruinoso el del duque de Alba, y junto á la Trinidad el del marqués de Santa Cruz ó Palacio de las Cortes; una inscripción colocada sobre el dintel de una sala señala aquella estancia, cubierta de riquísima techumbre, como la sala de *las leyes*, en recuerdo de las que allí se promulgaron en 1505.

La principal de sus iglesias es Santa María la Mayor, antigua abadía y colegiata desde fines del siglo XV ó principios del siguiente; su disposición y arquitectura guardan estrecha semejanza con la catedral de Zamora, pero debió ser algo más moderna, porque en ella se hace más

ostensible la mezcla de las bellezas bizantinas con primores góticos.

Desde la glorieta descubre la Colegiata la infinita variedad de sus líneas armónicamente



Colegiata de Toro.

dispuestas; sobre los ábsides laterales descuella el principal, con lisa arquería en el primer cuerpo y rico ventanaje en el segundo, dejando á uno y otro lado los brazos del crucero; sobre

ellos y sobre el ábside avanza el fantástico cimborrio rodeado de dos filas de ventanas primorosamente bordadas, sostenidas por grupos de columnas y flanqueado por cuatro gentiles torrecillas cilíndricas, sutiles por sus prolongados huecos y ceñidas por una franja de rosetones en forma de estrella, con un tono de elegancia y esplendidez inconcebibles.

Tuvo tres puertas la Colegiata, una á los pies del templo, convertida después en retablo de una capilla, grandiosa en su conjunto, bellísima en sus detalles; otra dando vuelta hacia el Espolón, y la que mira al Norte, que puede competir con las mejores de su estilo por sus graciosas columnas, con capiteles profusamente esculpidos, y por sus arcos cuajados de dibujos, entre los cuales se descatan ángeles y ancianos. A lo largo del muro se abren huecos bizantinos, pero el que cae sobre la puerta sirve de nicho á una imagen de la Asunción.

Al penetrar en el interior siéntese el curioso misteriosamente atraído hacia el centro del crucero, é instintivamente pasa la vista por aquellas 32 ventanas repartidas en dos órdenes, que se abren en su circunferencia desplegando idénticas galas que el exterior, sin que pueda afirmar desde qué punto es más admirable: digno cortejo de tan hermosa construcción son las

claraboyas de la nave izquierda y de los brazos del crucero, las ventanas de la derecha y sus columnas con anillo y las hojas y figuras que adornan copiosamente sus dovelas.

La capilla mayor se convirtió á fines del siglo XV en panteón de los Fonseca; en adornados nichos góticos y platerescos yacen los valientes adalides de los Reyes Católicos D. Pedro Fonseca y D. Alonso Fonseca, obispo de Avila, y al lado del Evangelio un personaje con ropa talar y bonete, y una dama con toca y un libro en las manos.

El coro se cierra en semicírculo, y en su cerca exterior presenta cuatro góticas estatuas de Santiago, San Juan, la Virgen y San Miguel, asentadas sobre repisas bien labradas. La sacristía se adorna con variados cuadros de la escuela de Rivera, y entre sus alhajas cuenta la preciosa custodia plateresca que en 1538 labró Juan Gago.

Las parroquias de San Salvador, el Sepulcro y Santa Marina, fueron posesión de los templarios, y revelan, por tanto, la gentileza y hermosura bizantina y cierto gusto oriental que estos caballeros solían dar á sus templos.

En las demás parroquias se puede admirar curiosos restos del arte bizantino, cuando este estilo iba dejando paso al gusto ojival, y en al-



gunas, como en San Lorenzo, notables capillas engalanadas con los primores del goticismo; escogió esta iglesia para enterramiento suyo y de su esposa D. Pedro de Castilla, nieto del monarca de este nombre, á cuyo fin se labraron en los últimos años del siglo XV hornacinas cuajadas de follajes y colgadizos, agujas y crestería de exquisita labra que alojan dentro las efigies, la del caballero con elegante armadura y airoso manto; la de la dama con honesta toca y holgada vestidura. En la de San Julián de los Caballeros fué enterrada la varonil Antona García, que ya conocemos por su adhesión á Doña Isabel I.

La de San Sebastián fué reedificada por el ilustre toresano Fray Diego de Deza, allí bautizado, como lo fué más adelante otro insigne purpurado, el cardenal Tavera.

Bajo el punto de vista artístico, poco ó nada pueden ofrecer los conventos, mucho más ricos en recuerdos históricos, siquiera deban su fundación á reinas, infantas y grandes damas. Santo Domingo y San Francisco se perdieron, aquél en un incendio en 1778; éste en la guerra de la Independencia; pero aún se conservan en buen estado, aunque fueron más modestos, el de religiosas Dominicas, el de Sancti Spiritus, fundación de Doña Teresa Gil, hermana de

D. Dionis, rey de Portugal; el de Mercenarias y Santa Sofía, y el de Santa Clara, fundado por Doña Berenguela, primogénita de Alfonso el Sabio, y el de Carmelitas por la sublime y mística doctora Santa Teresa de Jesús.

Todavía se presenta Benavente armada de punta en blanco como en sus mejores días, á pesar de lo mucho que destruyeron los franceses en la guerra de la Independencia; enseña al viajero su murado recinto, con puertas de doble ojiva flanqueadas de torreones; sobre el caserío, que va siendo más uniforme al paso que las construcciones se sujetan á la policía moderna, descuella la cuadrada torre de San Francisco, coronada de pirámides que imitan pináculos de crestería; el hospital de la Piedad, suntuosa fundación del conde D. Alonso Pimentel y de su esposa Doña Ana de Velasco y Herrera; la parroquia de San Nicolás, fabricada al estilo gótico; la de San Juan del Mercado, de arquitectura singular, en la que se mezclan los caprichosos relieves bizantinos con los primeros albores del arte gótico; las de San Andrés y de Nuestra Señora de Renueva, en parte antiguas y parte reformadas por obras posteriores, y alguna otra de menos importancia.

La que desde luego merece los honores de

monumento, y de primer orden, es la parroquia de Santa María del Azogue, que luce su gallardía en la plaza de la villa.

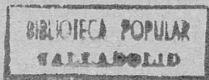
Cinco ábsides decorados todos en derredor por ventanas bizantinas con columnas en sus jambas, y ceñidos de modillones que se unen formando arquería, es lo que primero se ofrece al espectador, que se deslumbra al querer estudiar uno de los más curiosos ejemplares de la arquitectura que nos dejaron los siglos XII y XIII.

La puerta principal que se abre á los pies del templo es moderna, con ornamento de pilas-tras. Las colaterales, que corresponden á los brazos del crucero, son bizantinas y ostentan en sus portadas arquivoltas guarnecidas con dientes de sierra, rígidas estatuas, columnas con capiteles de hojarasca y preciosos relieves en los tímpanos. En el interior domina el estilo gótico; las naves despliegan ya la ojiva; los pilares del crucero son haces de columnas, si bien con capiteles bizantinos, y entre sus joyas artísticas merecen citarse la escultura de Jesús con la cruz á cuestas, y un lienzo que le representa ante el tribunal.

En lo más alto de la villa se destacan las ruinas del formidable castillo ó palacio señorial de los condes de Benavente: apenas queda

el esqueleto de aquellas airosas torres coronadas de almenas y matacanes; en alguna de ellas se advierten aún ventanas de la decadencia gótica, y allá, mirando al río, se descubren restos de arcos morunos que forman una preciosa galería con antepecho de balaustres.

Lo que no ha podido desaparecer ni con el tiempo, ni con las guerras, ni con la incuria de los dueños, es el panorama bellissimo que se tiene de á los pies de aquella altura, realzado, de una parte, por las huertas de árboles frutales, sembradas de casitas de campo, y de otra por bosques interminables, de indecible frondosidad y frescura.



---



## CATÁLOGO DE ZAMORANOS MEMORABLES.

---

El corto espacio de que disponemos no permite más extensión al presente catálogo, que por otra parte es suficiente para los niños, porque comprende la época de mayor florecimiento de nuestra patria.

Florecieron en el siglo XV:

*Alonso de Fonseca*, guerrero infatigable, obispo de Ávila.

*Abrahán Beu Rules*, acaudalado y caballero muy principal.

*Diego de Deza*, teólogo y protector de Cristóbal Colón.

*Diego Medina*, platero.

*Izchaq Haramah Ben Moseh*, filósofo, teólogo y expositor.

*Iñigo de Ribasáltas*, acaudalado y caballero principal.

*Juan Alonso de Zamora*, judío converso, doctor eminente, individuo del Consejo Real.

*Juan Gómez de Zamora*, doctor y fiscal del Real Consejo.

*Juan Rodríguez Fonseca*, obispo de Córdoba.

*Pedro de Ledesma*, campeón de la batalla de Toro.

En el siglo XVI:

*Alejo de Zamora*, escritor místico.

*Alfonso de Avendaño*, comentarista de San Mateo.

*Alonso de Cisneros*, capitán de los ejércitos de Carlos V.

*Alfonso de Luna*, teólogo comentarista de Santo Tomás.

*Alfonso Miguel*, catedrático de Teología, y escritor.

*Alvaro de Sosa*, capitán de los ejércitos de Carlos V.

*Amaro Centeno*, historiador.

*Antonio Alvarez*, escritor muy erudito.

*Bernardino Prieto*, armero mayor de Felipe II.

*Bernardo Pimentel*, primer marqués de Távara.

*Bernardo Sotelo*, capitán de los ejércitos de Carlos V.

*Diego de Castilla*, soldado valeroso que se distinguió en la defensa de Malta.

*Diego Enriquez*, conde de Alba de Aliste, caudillo de Carlos V.

*Diego de Mazariegos*, origen y cabeza de uno de los famosos bandos de Zamora.

*Diego Melendez Valdés*, ilustre prelado de Zamora.

*Diego de Monsalve*, famoso procurador de la ciudad.

*Diego de Zamora*, judío muy sabio que trabajó en la Biblia Complutense.

*Diego de Torres Bollo*, historiador de América.

*Fernando de Arce*, humanista y sabio escritor.

*Fernando Palacios*, fundidor.

*Florián de Ocampo*, cronista del Emperador.

*Francisco Enriquez*, primer marqués de Alcañices.

*Francisco López de Villalobos*, médico y escritor.

*Francisco Monsalve*, soldado valeroso, vengador de su padre.

*Francisco Reina*, veterinario; descubrió la circulación de la sangre.

*Francisco Villalba*, teólogo del Concilio de Trento; acompañó en Yuste al emperador hasta su muerte.

*Francisco de Villalpando*, escultor y arquitecto.

*Gabriel Monterroso y Alvarado*, jurisconsulto.

*Juan Alfonso*, moralista y escritor místico.

*Juan Alonso de Benavente*, doctor y político.

*Juan de Rojas*, matemático.

*Nicolás Rodríguez*, jurisconsulto y canonista.

*Pedro de Alavá y Astorga*, historiador y escritor místico.

*Pedro Arias de Benavides*, médico y escritor de cirugía.

*Pero Mato*, médico y escritor.

*Toribio de Motolinia*, propagandista del cristianismo en Méjico.

*Valeriano Ordóñez de Villaquirán*, obispo de Ciudad-Rodrigo y escritor.



## FUENTES DE ESTE LIBRO.

---

*Crónica general de España*, por Florián de Ocampo.

*Vidas de San Froylán y San Atilano*, por F. Atanasio Lobera.

*Buen repúblico*, por Rojas Villandrando.

*Glorias de Zamora*, por Javier Álvarez, cura de Coreses.

*Corografía de la provincia de Toro*, por D. Antonio Gómez de la Torre.

*Historia de la novilísima villa de Benavente*, por el Dr. Ledo del Pozo.

*Crónica general de España-Zamora*, por D. Fernando Fulgosio.

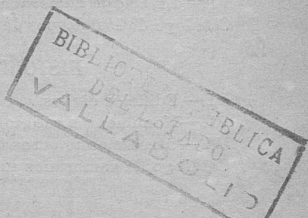
*Breve noticia de algunas antigüedades de Zamora*, por don Tomás María Garnacho.

*Memorias históricas de Zamora*, por D. Cesáreo Fernández Duro.

*Romancero de Zamora*, por D. Cesáreo Fernández Duro.

*España, sus monumentos*, por D. José María Quadrado.

*Historia general, civil y eclesiástica de la provincia de Zamora*, por D. Ursicino Álvarez Martínez.



# ÍNDICE.

Páginas.

A la Excma. Diputación provincial de Zamora. . . . .	3
--	---

## DESCRIPCIÓN GENERAL

### DE LA PROVINCIA DE ZAMORA.

I.—La provincia. . . . .	5
II.—La llanura. . . . .	12
III.—La Serranía. . . . .	17

## HISTORIA POLÍTICA.

### EDADES ANTIGUA Y MEDIA.

I.—Zamora hasta el siglo X. . . . .	23
II.—Los siglos XI y XII. . . . .	28
III.—Siglo XIII. . . . .	36
IV.—Siglos XIV y XV, hasta los Reyes Católicos. . . . .	40

### EDAD MODERNA.

V.—Siglo XVI. . . . .	51
VI.—Zamora hasta nuestros días. . . . .	61

## HISTORIA ECLESIAÍSTICA.

### EDADES ANTIGUA Y MEDIA.

I.—Primeros siglos de la Iglesia zamorana. . . . .	69
II.—Los siglos XII y XIII. . . . .	76
III.— Los siglos XIV y XV. . . . .	83

### EDAD MODERNA.

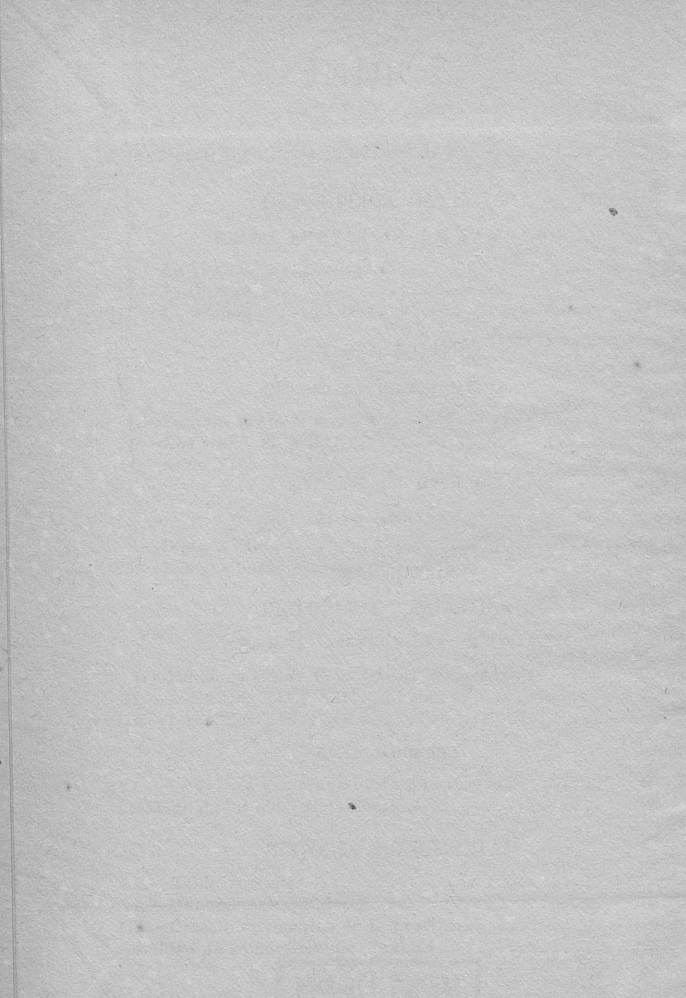
VI.—La Iglesia zamorana hasta nuestros días. . . . .	90
Catálogo de los obispos de Zamora. . . . .	98

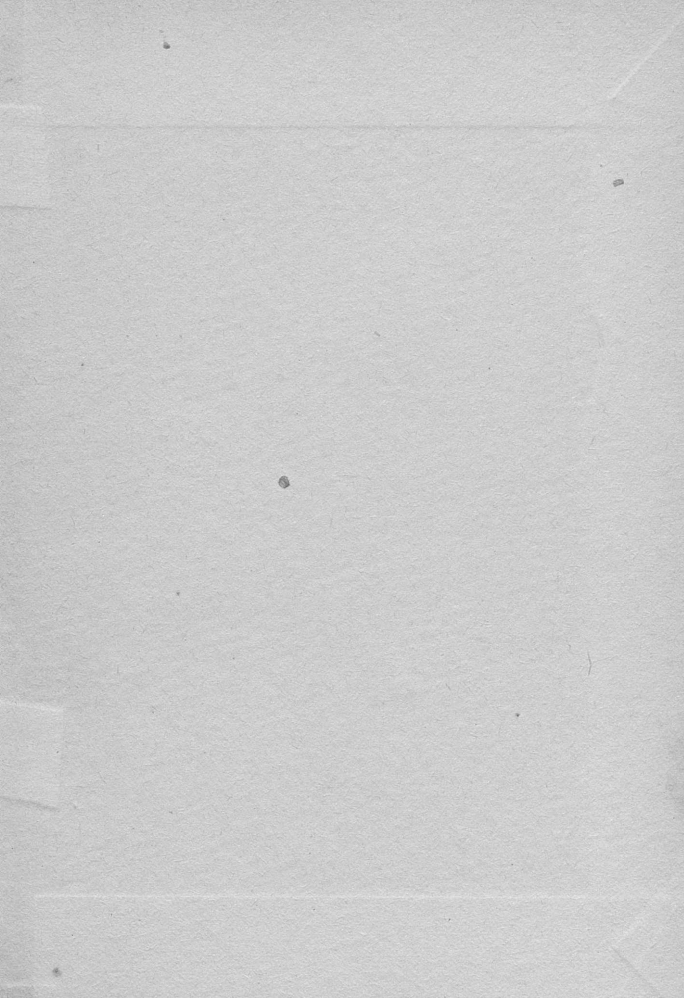
## HISTORIA MONUMENTAL.

I.—Edificios civiles. . . . .	100
II.—Monumentos religiosos. . . . .	106
III.—Otros monumentos de la provincia. . . . .	116
Catálogo de zamoranos memorables. . . . .	125









DESCRIPCIÓN É HISTORIA  
POLÍTICA, ECLESIAÍSTICA Y MONUMENTAL  
DE ESPAÑA  
PARA USO DE LA JUVENTUD  
POR  
D. VALENTÍN PICATOSTE.

OBRA DECLARADA DE TEXTO POR EL CONSEJO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA,  
É INFORMADA FAVORABLEMENTE  
POR LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Esta importantísima Colección constará de tantos tomos como provincias tiene España.

Es **indispensable** en las escuelas de primera enseñanza, porque el niño, con sólo la atenta lectura, teniendo á su vista los grabados del libro, forma idea clara de lo más culminante de su país.

Es **conveniente** á los sacerdotes, porque en pocas páginas se relatan las vicisitudes del Obispado y se da noticia de los varones más esclarecidos en santidad y virtud.

Es **necesaria** á todas las personas que deseen visitar nuestras capitales, porque en ella encontrarán vistas y descripciones de los monumentos más notables.

Tomos publicados:

Avila.  
Guadalajara.  
Segovia.  
León.  
Salamanca.  
Valladolid.  
Guipúzcoa.  
Zamora.

En publicación:

Palencia.

En preparación: Todas las demás.

Se hallan de venta estas obras en la Librería de la Viuda de Hernando y C.<sup>ª</sup>, Madrid, Arenal, 11, á cuyo establecimiento, donde también se admiten suscripciones á toda la Colección.

SL

99